



HOMBRES
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA

Por
RAFAEL
MAZUECOS

LIBRO 52

La puerta de la estación

Es importante dejar constancia en Alcázar de esta bella entrada a su estación, la tercera que se recuerda y que parece, hasta por la abundancia de carteles, la fachada barroca de un gran teatro de capital.

La primera entrada fue una empalizada de traviesas en el rincón de la calle de la estación, frente por frente a la taquilla de los billetes que estaba en el andén junto a la lampistería, con una cadena que obstaculizaba el tránsito como un paso a nivel cualquiera.

Al cambiarla al paseo se hizo una entrada de puerta, de puerta abierta, claro, con garita para el portero y caseta para los consumistas, pero la necesidad de sacar los billetes en el andén seguía motivando algunas desgracias y se hizo esta tercera reforma para sacar las taquillas al exterior, que no era una obra monumental, como se deseaba, pero resultó armoniosa y suficiente, dentro de su sencillez.

Lo que vaya a suceder ahora, después de tirado este edificio, el tiempo lo dirá, aunque sobrecoge la incertidumbre.

El taller solitario

He aquí el austero y poco codiciable taller donde se fue labrando esta obra en el silencio de las madrugadas, cuando te vienen a ver, vivos, todos los desaparecidos que te esperan para enderezar entuertos.

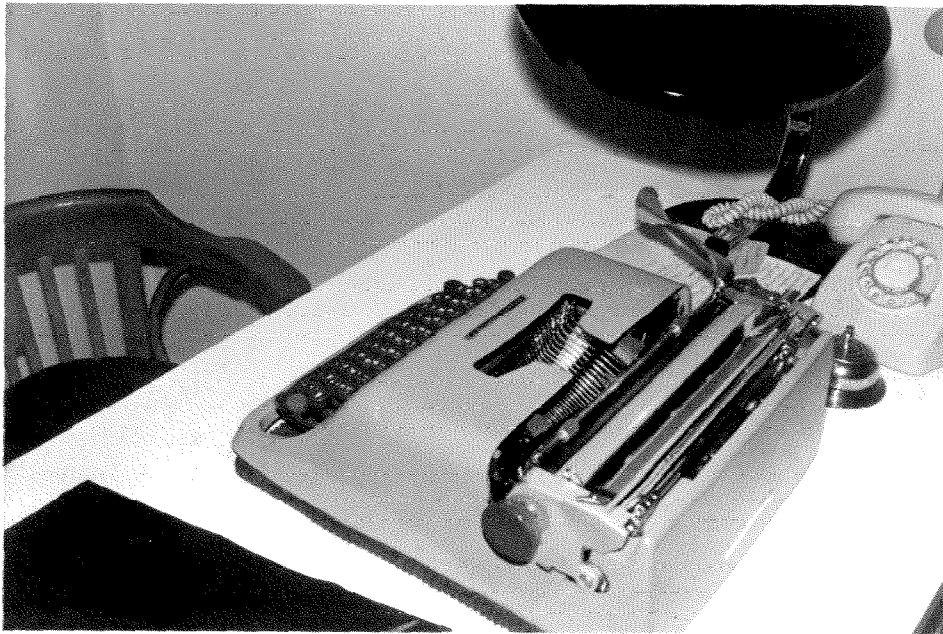


Foto: ARISTIDES

Las cosas muy usadas adquieren personalidad porque el hombre, como los oficios, deja su huella en cuanto manosea.

Los mecanismos se amoldan a la obligación y la cumplen con suave facilidad, mucho más tiempo del que pudiera suponerse adaptados, el hombre y la máquina, a la misma necesidad.

He conocido mucho a las sastras antiguas que pasaron su vida con una máquina de mala muerte, sin averías ni interrupciones en el largo trabajo de todos los días y he visto muchas máquinas flamantes repartidas en las casas que nunca marcharon bien. Todo depende de la máquina y de su manipulador, de la buena adaptación del uno al otro y del modo de llevar la labor, pero sobre todo de la función.

Con los grifos del agua pasa lo mismo. Uno cualquiera puede durar toda la vida o estar siempre pasado de rosca. Y no digamos las máquinas del tren, tan defendidas siempre a capa y espada por las parejas que no querían perder su máquina porque se la estropeaban, como si la máquina conociera la mano que le tiene cogido el tranquillo.

Y eso que pasa con todo no es ajeno a este trasto que apenas te oye empieza a dar vueltas como el borrigo de la noria y no lo deja mientras te sienta orilla.

Solo si tú te paras se para él o se entorpece. Y esa es la importancia de la continuidad, para la máquina y para tí mismo, pues, es una ley que no excluye ninguna clase de mecanismos.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Febrero de 1984

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo LII

INDICE

Portada
La puerta de la Estación (Foto Aristides)
Contraportada Primera
El Taller solitario
Contraportada Segunda
La firma de Estrella
Página 1
El Libro 52
Página 2
D. Marjano, Médico rural
Página 5
Meditación
Página 6
Títulos honoríficos
Página 9
La depravación del Paseo
Página 12
Escenas pastoriles
Página 14
Plano mudo del lugar
Página 19
Callejero del plano
Páginas 20 - 21
Plano
Página 22
Edificios y calles señaladas en el plano
Página 23
Algunas viviendas de nuestros hidalgos.
Página 25
Buena idea
Página 26
Universidades manchegas
Página 27
En pos de D. Demetrio
Página 28
Hallazgo
Página 29
Cartas a D. Rafael
Página 37
Carnaval alcazareño
Página 39
Periodiquillos viejos

EI LIBRO 52

Desde el libro anterior teníamos la obligación de publicar el plano de Alcázar del año 1840 que nos da una idea clara del contorno urbano de la Villa antes de la instalación del ferrocarril, circunstancia sumamente interesante.

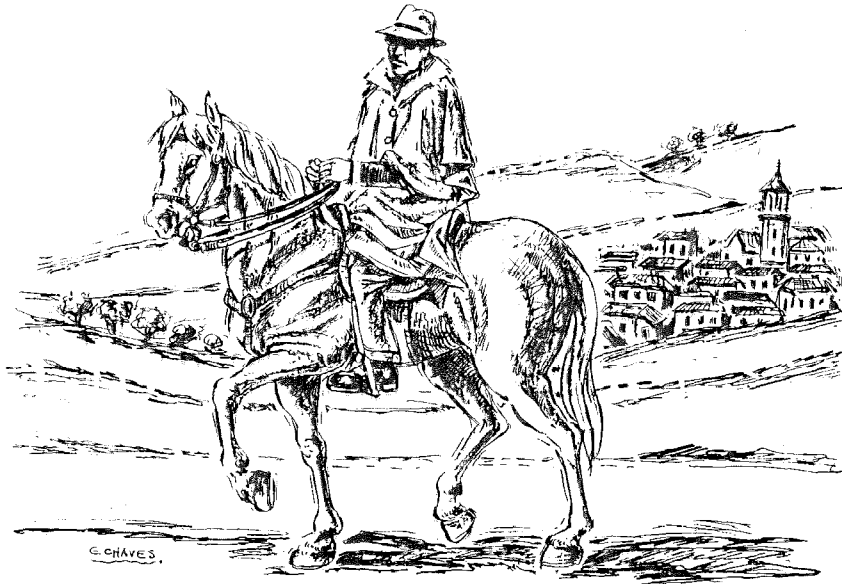
Las cualidades de dicho plano nos obligaban, además, a ocupar con él las páginas centrales, lugar también indispensable para las hojas del índice general de la obra debido a Emilio Rodríguez Martín, pero como dichas hojas se tienen que desgrapar para coleccionarlas, se ha considerado lo más práctico, publicarlas en cuadernillo separado, siguiendo su numeración romana y distribuyéndolo como encarte dentro del mismo libro 52. Y así va.

Estas son las circunstancias del presente libro que deseo entretenga a todos y aumente su cariño a nuestra tierra. Muchas gracias.

D. Mariano, médico rural

El trabajo publicado sobre don Mariano en el libro 51 me ha dejado descontento a pesar de considerarlo real.

Es frecuente que me pase esto, pero no me resigno y, se vea o no se vea por fuera, yo sigo dándole vueltas al molino con los problemas planteados y con relación a don Mariano me disgusta no haber dado una imagen más completa del médico rural verdadero que, para el caso lo es él únicamente, entre los de aquí y no haberle visto en su propio medio nativo para poder



Haga frío o calor, esté lloviendo o nevando, don Mariano toma el camino para visitar los enfermos de cada pueblo de su demarcación y queda dispuesto, al volver, para atender cuanto haga falta las restantes horas del día y de la noche, cualquiera que sea la festividad de todas las épocas del año y sus circunstancias personales, no siendo raro que tenga que interrumpir o faltar a la cena familiar de noche buena o a la de la boda de algún hijo.

transmitir a los lectores que le han conocido y tratado y otorgado su confianza, la exactitud de esas vidas tan meritorias y ejemplares con descripciones y fotografías auténticas.

No es esto un capricho, sino una necesidad de establecer comparación con el ejercicio de la Medicina en los pueblos manchegos, que es igual en todos ellos, pero muy diferente de la de los pueblos serranos.

Esta insatisfacción me ha llevado a molestar a nuestro gran dibujante

CHAVES con explicaciones machaconas para que nos hiciera un boceto que dejara en esta obra una demostración gráfica de tales ideas, como aparecen plasmadas en el dibujo que acompaña, porque el médico serrano lo era de a caballo, como el manchego lo era de tartana y bien se les notaba en todo a uno y a otros y más que nada en la fortaleza y agilidad. El médico de tartana era un médico apoltronado, conducido por un gandul y el de a caballo, ágil y fuerte, obligado a la brega personal con la bestia que puede cambiar en cualquier momento y darle un disgusto.

Hay que suponer que en la casa de don Mariano se cambiara de caballo, tanto por él como por su padre y hay que admitir que esta vez les tocara este fortachón de robustas ancas y abultados pechos, caballo fuerte como es menester para el continuo caminar.

El dibujo tiene todas las buenas cualidades a que nos tiene acostumbrado nuestro admirado Abel González y no se si alguna pequeña incongruencia entre lo vivo y lo pintado cuando no se conoce, pero la figura del médico que sale de su aldea para dirigirse a las demás de su partido es evidente y hasta con su poco parecido con don Mariano.

El médico responde un algo a la organización oficial, un poco impositiva, aún en los tiempos de don Mariano, como el maestro, el cura, el albeitar, etc., pero cada pueblo se busca sus soluciones propias con arreglo a los elementos de que dispone y la parroquia tiene su sacristán, que es el que conoce el paño y a mucha honra según él, y el médico se encuentra siempre con el ministrante, la partera y el pastor que entiende de torceduras, tres maestrillos, cada uno con su librito bien sabido y defendido con buenos artificios, que ponen al médico en ridículo cada tres por cinco, sin contar la nube de curanderos más o menos hechiceros que pululan por todas partes, con oraciones, unturas y cocimientos de todas clases, que son los jueces que atisban al médico en todas sus actuaciones y dan o quitan confianza a los pacientes y familiares, porque son los avezados, los irresponsables que se quedan atrás para sembrar la duda o la cizaña y remover la tierra donde ha de resbalar el pobre médico que al fin queda siempre solo, indefenso, inseguro e ineficaz contra el fantasma de la vida que huye como espantado de su perplejidad.

II

Mi prolongada y continua actuación profesional en todos los pueblos de la comarca, me permite enjuiciar ahora la actuación de don Mariano, sin haberle visto en su propio medio, por haber protagonizado muchas escenas médicas en lucha contra la adversidad y la pobreza y sufriendo íntegramente o compartiendo los sacrificios necesarios para resolverlas.

Conozco la situación de don Mariano y sus problemas, como ya insinué, que son los de la medicina rural y que no se refieren a asistir pulmoníacos o tifoideos que más o menos evolucionan espontáneamente, sino aquellos otros procesos donde se ve clara la actuación y la responsabilidad del médico, como el sondaje que, pese a todo, no le hizo a don Magdaleno, el brazo o la pierna rotos o luxados, la asfixia por difteria, la hernia estrangula-

da, el estómago perforado, el empiema inevacuado o la herida penetrante. Ahí, como en los malos partos y en otros no tan malos es donde se veía la competencia y el espíritu de sacrificio de los profesionales que no omitían sus esfuerzos para resolverlos ni podían escurrir el hombro para no desacreditarse.

No he cruzado las trochas serranas en las noches de grandes tormentas, al estilo de la primera escena echegariana en EL PUÑAL DEL GODO, con los cuatro tizonos en la cabaña pastoril y la voz grave del cachicán, que lo era aquel coloso de la escena que se llamó Francisco Morano y volvía diciendo:

¡"Qué noche, válgame el cielo!.

¡Qué tormenta nos amaga!

¡Si está lloviznando hielo...!"!

No he pasado la negrura de los montes azotados por el viento y por la lluvia, sin más luz que la de los relámpagos y el horrible estruendo de los truenos espantosos, pero sí he soportado las inclemencias de toda índole en los campos manchegos y me he visto en las circunstancias más apuradas sin ninguna clase de recursos. Y conozco la alegría que cuenta Felipe Trigo, gran escritor casi olvidado y médico como Baroja, cuando al final de una empeñada lucha, se va uno dejando una vida salvada o en vías de recuperación, pues aunque el médico no pueda presumir de salvador, hay casos en los que el paciente y sus allegados lo proclaman y él mismo, sin alardes, puede decir que lo fue.

Comprendo la vida de don Mariano mejor que los demás médicos de Alcázar, que me superaban en todo, porque esto no depende de las cualidades personales, sino de las circunstancias que le rodean a uno y un poco de sus ánimos, que no es vanidad decirlo cuando se cumple con el deber.

Hablé poco con don Mariano, tal vez demasiado poco, pero siempre con esta respetuosa admiración que él no podía comprender en mí y que me satisface dejar consignada en esta obra de eternidad, como la vida misma, incluyéndole en el grupo de los grandes médicos de esta comarca con los cuales batallé mucho más, compartí alegrías y tristezas y aprendí a conocer a la humanidad, lo cual no es nada ventajoso para la felicidad y la tranquilidad.

III

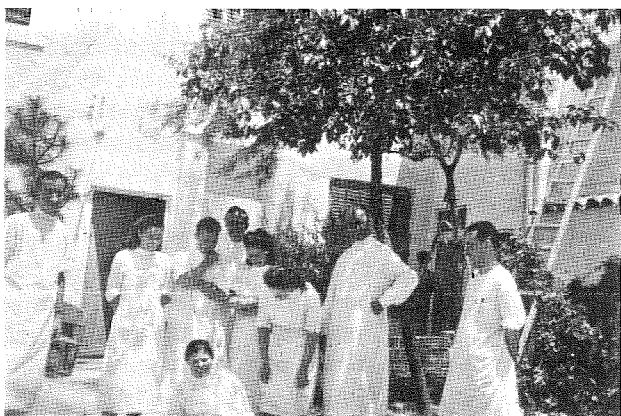
Aparte de las cualidades profesionales ya señaladas, como actuaciones públicas de don Mariano en Alcázar, hay que señalar el haber sido Alcalde, con las mismas maneras de prudencia, celo y ecuanimidad que en la profesión y alguna aventurilla empresarial malograda, derivada imaginativamente de la instalación de la estación Enológica.

Coincidente con la misma o coincidiendo con la inauguración de este centro, se celebró un concurso de prensas continuas. Vinieron muy ilustres ingenieros de los que recuerdo a García de los Salmones, Oliveras, Marcilla y algún otro que dieron sendas lecciones y realizaron los numerosos actos que se celebraron con tan agradable motivo y se abrió el primer curso de enología elemental del cual formé parte.

Como consecuencia del espíritu renovador puesto de manifiesto en tantas actuaciones brillantes y concurridas, con una verdadera explosión del espíritu cooperativista, aquí desconocido, se unieron unos cuantos señores, entre ellos don Mariano, para cambiar la industria vinatera, empezando por hacer una bodega modelo que tomó a su cargo el ilustre Sr. Marcilla y que la llevó a cabo con asombro general, en la fábrica de pasta para sopa de los hermanos Goberna, enfrente del matadero. No le falló a Marcilla ni el nombre, que fue bien adecuado: "La Cepa Manchega".

No faltó requisito en la instalación en un alarde de tecnicismo teorizante al que no acompañaba la experiencia ni el duro contraste de la realidad, con frecuencia desdeñada en las tertulias casineriles.

Faltó también el espíritu empresarial, tan escaso y difícil de lograr y sin el cual fracasa todo lo demás, que aglutinara y capitaneara a los asociados hidalgos, más bien tocados de fantasía que se encargó de ir diluyendo los variados mostos y, como ha pasado tantas veces, se quedó solo el hombre tenaz, forjado en el trabajo y capaz del sacrificio y del esfuerzo aún en asuntos que no los entendiera, que era Rafael Bonardell que tuvo que rendirse ante lo imposible y la dejación de cuantos le acompañaron. Rafael Bonardell y Sánchez-Mateos que no en balde estaba ir jertado entre los Canteros y Estrellas, pues en los demás había más presunción que eficiencia y tratándose de hablar se iba muy lejos pero puestos en el camino les fallaba la cabalgadura.



MEDITACION

He aquí el equipo de la Clínica cuando empezó a formarse por el año 1942, con la institución ya bien consolidada y mejor probada en el período de la guerra.

Le faltó brio y fortaleza física, disgregándose antes de tiempo,

pero constituye el hecho médico más importante de la medicina comarcal contemporánea y como tal deberá estudiarse su significación en algún momento, pues llena toda una época de más de medio siglo -sesenta años aproximadamente- de existencia, durante el cual cubrió íntegramente las necesidades públicas, en tales condiciones que, ni el Ayuntamiento ni el Estado han podido igualar ni las igualarán.

Fue el trabajo y la generosidad —el donador alegre— el motivo de todo y no hay inmodestia en proclamarlo como ejemplo para los venideros.

TITULOS HONORIFICOS



Lo son en realidad y tal vez únicamente los que otorga la gente de tu pueblo, la que ha asistido a tu desarrollo y te conoce a fondo "como si te hubiera parido".

Y hay que poner en primer término los moteos que son la expresión más certera y cabal que puede merecer una persona. Y el que quiera y sepa, que analice, porque brotan espontáneos en momentos inesperados y salen perfectos. Otras veces parecen el resultado de largas observaciones de personas de amplia preparación porque no les falta detalle, pero no, son el fruto del machaconeo de cada minuto de tu vida.

Un día me estaba esperando en el patio para una incumbencia la Gabina de Borrego, prima hermana de mi padre. Me habló desde el pie de la escalera, le contesté y exclama.

— ¡Ay! que tío Basto eres, puñeta, y no tengo gana de hablar mal.

El tío Basto era el abuelo de Blas, tío de la Gabina y mis modales, sin duda confiados e improcedentes, se lo hicieron recordar. Y de seguro que con exactitud. El tío Blas, Rufao y Borrego eran hermanos, con diez más, por lo tanto la Gabina hablaba con conocimiento y buen ojo. Y algo habrá porque las gentes de confianza me han llamado muchas veces don Rufao o Refael, que era el nombre de Rufao.

Mi caso se parece un poco al de don Magdaleno, pero él tenía un nombre de pila y otro en el Registro. Siempre se le conocía por Alejo -Alejo García- hasta que al necesitar documentar su nombre apareció el Magdaleno que flotó por encima de todo, aunque debió pasar algo antes.

Otra vez, el Angel de Borrego, hermano de la Gabina, me dijo hablando —y estos Borregos no fueron de los más bastos— tú eres gañán de cuadra, de los que duermen en el camastro al celo de la yunta para que no se dañen las mulas si se echan mal y no de los que se las dejan enganchadas en la besana y se van corriendo detrás de una liebre.

La gente indeterminada, el personal de tu pueblo que te considera como de la familia o más y te confía sus cuitas, te dice cada cosa que es para des-ternillarse o para inflarse como un pavo, porque no hay satisfacción mayor ni alegría más grande que la de verse querido con tan buen cariño.

Y eso son los apodos, una prueba de cariño familiar muchas veces puestos por el padre lleno de mimo hacia el chico que le entenece con sus gracias. Y cuando es puesto por la corrección de vanidades infundadas, o defectos singulares e irreversibles, como es el caso del mismo Basto o el de Pucheritos cuya expresión facial quejumbrosa con el *soponcio que precede al llanto*, era tan manifiesto desde chico que no se podía dudar de la agudeza de la gente al designarlo.

Algunas veces se revuelven las palabras de tal modo que acaban los nombres tomando la supremacía de los apodos pues el valor simbólico del apodo es de siempre y para siempre, muy superior al del nombre llamado propio, hasta el punto que en muchos casos se los ponen los propios interesados para sobresalir o alzarse sobre nombres o apellidos demasiado vulgares.

Son ejemplo de esto entre nosotros los escritores, los toreros y hasta los bandidos. Y en cualquier pueblo la mayoría de las personas significadas que lo habitan.

Los Galianas son un apellido de los mejor implantados en Alcázar con categoría de mote y por su claridad aplicado a muchos de los que no lo llevan, pero que atendían por él admirablemente aunque después no lo usaran en la escritura, naturalmente.

Es el caso de Dieguito Galiana, tan reciente, que él puso tanto empeño en sepultar inútilmente aireando cuanto pudo su Gonzalez y Pérez-Vázquez.

Casi todos ellos figuran en esta obra por lo muy considerados y bien relacionados, pero lo que yo no sabía y he descubierto leyendo a un autor castellano, es que se denominan así las cañadas o vertientes de los cerros.

Casares dice que Galiana es el nombre de las cañadas o vías pastoriles. Y con este gran diccionario ideológico se muestran de acuerdo los demás diccionarios de uso corriente, empezando por el de la Real Academia.

Seguro que Dieguito no sabía eso ni sus primos los de don Vicente que todavía andan por el mundo aunque jubilados, que es no andar y tambalearse.

II

La suerte, que sale siempre al paso del perseverante, y por conducto de una mujer que es un torbellino de inquietud y se llama Gloria siendo un infierno, me ha traído esta demostrativa y característica fotografía de Pucheritos siendo niño, Antonio Castellanos Alvarez, una trilla doble puesta sobre los caudales de don Joaquín que logró pulverizar lo que parecía imposible.

Se casó con la hija de don Gonzalo-Consuelo que tuvo una niña, falleciendo tempranamente la hija y la madre con lo que Antonio perdió el regulador y le faltó gas para el final de su viaje, dejando barrida la era.

La fotografía está hecha por Benjamín Esperón. Es su clase, pero en Herencia, como si hubiera estado establecido allí antes que en Alcázar.

Antonio era hijo de don Juan Castellanos Arias, el de la calle de San Francisco esquina a la calle Resa, donde estuvieron las monjas francesas, antiguo alcalde de la Villa y no afortunado transmisor de herencias biológicas a pesar de los cambios de sangre. Don Juan fue alcalde a continuación de don Joaquín, inmediatamente antes de don Antonio Castillo, de 1881 al 83, hace un siglo justo y fue el encargado de instalar a las monjas en el Hospitalillo. Don Joaquín había hecho una gran labor hacendística en silencio, de las que no brillan pero acreditan a las personas y levantan los pueblos.

En el libro 13 hay una fotografía muy entrañablemente alcazareña con un grupo numeroso de personas muy significadas en la localidad.

La atmósfera que les rodea es de carácter político y en ella aparece Antonio, ya viudo y muy embigotado, sentado en la primera fila entre don Alvaro y don Gonzalo, su suegro. En la misma fila están Vicentito Jaén, Pedro Cañizares, Frías y Juan Leal. Está tan natural que da la impresión de que fuera a ser propuesto para Alcalde o Diputado Provincial y tan serio que no se le notan los gestos lacrimosos que tan ostensibles eran hablando y más al reirse que tanto sorprendían, porque lo hacía con expresión de llanto cómico. Reía haciendo pucheritos aunque no muy escandalosamente, de ahí el acierto del apodo. "Pucheritos". Y no estaría muy lejos de él quien se lo pusiera, pero a quien se da un aire Antonio en este retrato, gordinfloncete, es precisamente a don Joaquín, tío suyo, hermano de su madre.

Y hay que destacar otro aspecto muy utilitario del apodo que resalta en este mismo caso.

En Alcázar hay su media docena larga de Antonios Castellanos que se va ampliando con las descendencias que no se aclaran siquiera con los segundos apellidos y surgen los apodos rotundos, breves, claros, inconfundibles, definitivos, Pucheritos, Castaña, el Pití, etc.

Qué hermosura. Los recuerdos de la infancia, dice don Enrique Chicote, evocados ya avanzada la vida, pasan por el espíritu como una bocanada de fresca y perfume. Verdad grande.

SUCEDIDOS

Uno de Argamasilla, de los que suele oír Alfonso Arenas, trabajaba en el campo y se quedó parado. Se metió a corredor de cereales y compró una partida de cebollas a 3,50 que colocó en el porche, empezando a venderlas a 3,25 kilo porque no las pagaban a más.

Su mujer le decía:

- Yo creo que estás perdiendo dinero con las cebollas. Y él le contestaba:
- Tú que sabes. ¡Ande que no quedan gordas!

Había un criado ya viejo cuando pusieron en el pueblo la luz y le decía el ama:

- Sebastián, enciende la luz:
- Quite usted, señorita, que eso es cosa de demonios.

En un velatorio estaba una mujer dormida y se le fue un cuesco de sonoridad lenta y prolongada. En medio del silencio exclamó uno:

- Dale cuerda a ese reloj, que no tiene.

La depravación del paseo

Al hablar de los golfos del paseo, -hombres y perros- y referir fugazmente alguna escena de sus vidas, me di cuenta de lo poco que tenían de atractivas y que lo de vivir sin trabajar de que se hablaba como aspiración suprema, no era nada apetecible.

A pesar del bullicio de la época, el aburrimiento era perceptible y predominante en la golferancia y a medida que aumentaban los años en quienes la practicaban se hacía más ostensible.

La misma relación hombre-mujer perdía todo su atractivo y desembocaba en la más indiferente vulgaridad, pues los hombres bostezaban al lado de las camareras como los perros, abriendo una boca de a cuarta y manejando la baraja de los solitarios que es la mejor prueba de la magnitud del aburrimiento.

Me complace mucho destacar que la vecindad del paseo era de las mejores cualidades que he conocido, aquí y en Madrid, pues la depravación se refería a los concurrentes, no a los residentes, de los que se podría lamentar únicamente su tolerancia, su manga ancha, para no oponerse. La masa de concurrentes estaba constituida por gentes de todas partes que concurrían a esta especie de barrio chino donde cada cual se divertía a su manera sin ingerencias de nadie, pues hasta los guardías y serenos eran como los de la zarzuela, que ni tocaban el pito ni tocaban nada, aunque tampoco hizo nunca falta más que darle vueltas a la manzana.

La media tarde, hasta el cubre luz, eran las horas de mayor incertidumbre para los manipuladores de la juerga, aquellas en que no se sabía qué hacer y cómo ir templando los ánimos y al cruzar por las puertas de los establecimientos se percibía el silencio, la soledad, la frialdad y, por lo general, la poca luz, dificultada por las gruesas cortinas que impedían su entrada.

Nadie hubiera podido suponer un ambiente más tranquilo ni de mayor honestidad, ni sospechar que aquellos que más lentamente iban de un lado para otro, eran los iniciadores del jaleo, los que estimulaban y sostenían con más vigor manteniéndolo toda la noche y las restantes horas del día, pues las de por la mañana eran siempre movidas y entretenidas en los quehaceres domésticos proveedores de la comida y la bebida que sirven de fondo a toda broma desde que el mundo es mundo.

Esta regla general sufría alguna alteración parcial los domingos y días festivos que los habituales o menos mirados, solían concentrarse después de comer, aunque nunca fue como el casino. Los casinos que fueron múltiples los nombraban en singular, el casino de cada uno o del que era socio, aunque los preferidos eran siempre los neutrales, los que no tuvieron nunca carácter político y se reunían en ellos libremente los de todas las ideologías, que era lo propio del liberalismo alcazareño, discutir en tertulia toda las actuaciones

y sus resultados, sin duelo y sin quebranto.

II

Uno de los signos más nefandos de este personal y más reprobados por el vecindario en general, era que fumarán las camareras.

- ¡Qué mujeres, que hasta fuman y todo, decía la gente del pueblo!

Y a los hombres les parecía igualmente detestable y un detalle de la máxima relajación, que no todos admitían sin protesta ni indignación.

A ninguna mujer le apetecía hacerlo, pero aunque le hubiera apetecido se hubiera abstenido por su propio decoro y estimación personal.

Los intercambios de la guerra de Cuba hicieron que se viera aunque no con poca extrañeza, alguna que otra señora con su cigarro puro en la boca y el arrebato de celos incompresible que condujo a la tía Negrita al sepulcro, tal vez no fuera ajeno a este vicio como le pasó a Malacara, el reo ejecutado en la placeta de Palacio, que echó aquel cantar al pie de la horca, lamentando la mezquina utilidad de su crimen.

“Por un cigarro puro
y por una mala compañía
la víspera del Señor
mataron a Malacara

La quiebra de todos los resortes morales durante nuestra guerra última, la promiscuidad de las gentes, los estilos y modos internacionales y un factor de tan inmenso poder como la moda hicieron que se extendiera mucho el vicio de fumar entre las mujeres. Grandes contrastes he observado entre ellas debidos a estos factores y sólo me quedé con ganas de ver el de la Pantoja, a la que visitaba con frecuencia.

La veía don Gregorio Marañón, y él fue el inventor de las marchas a pie hasta la Cañamona, los masajes diarios de toda la mañana por una mujer amaestrada y cien mil detalles que no hacen al caso sin conseguir bajar ni un gramo a los doscientos kg. en bastantes años. Cuando surgen estas cuestiones pienso siempre que si doña Enriqueta hubiera vivido la moda de los adelgazamientos, seguro que pierde peso, pero fue al contrario, se estilaban en su tiempo los abultamientos y aunque le pesaran no los perdía. Y puede que hasta hubiera fumado sin que le pegara mal por su carácter viril.

Lo de fumar para no engordar es un achaque antiguo y de observación vulgar entre los hombres de antes, aunque ahora lo practiquen también las mujeres. Es que la carne se hace comiendo y el tabaco quita el apetito más que la botica y no comiendo no se engorda. Lo difícil es dejar de comer teniendo hambre y comida, por eso Facó el de la Moya, que era el caso más notable de la Cruz Verde, por la gordura, por la vagancia y por la carraspeante voz, dejaba y tomaba el tabaco a temporadas y se hacía la ilusión de que subía mejor al casino cuando fumaba, como la Pantoja iba a la Cañamona.

La antropología alcazareña es muy variada y menos pura que en la an-

tigüedad, pero de todas maneras son abundantes los casos de gordura descomunal en ambos sexos. Hay que nombrar lo del sexo porque ello está muy relacionado con las gorduras pero con tabaco o sin tabaco, como dejara de estilarse el desnudismo, veríamos lo que pasaba. Y no faltará quien lo vea, porque las cosas cambian.

Alcázar, tan imaginativo y socarrón, se ha fijado siempre en lo que tenía y en lo que no tenía y lo ha solido distinguir con acierto y claridad en pocas palabras.

Podemos señalar a la Petrucha, modelo de nombre expresivo destacándose de todas las mujeres del Cristo. O a Inocentón en la plaza, a Cañamón, Caraco y Franciscón por donde fueran o la Sastrona en su obrador.

La tía Antofiona, la partera, aunque sin compararse con la Relojera que le venían estrechas las puertas de todas las casas y en muchas la entraban de canto, todo hecho a fuerza de tortas de bizcocho y tazas de chocolate ayudando a las mujeres a comerse los dolores.

El tío Sanchón que pidió ración doble de recompensa cuando le mataron el caballo a Prim y se ofreció él para llevarlo a hombros durante la batalla.

El zapatero Gordo, la Teresona y algunos que se me olvidarán conociéndolos como a éstos, como el Cojo de la carne, Cabeza Hierro, la Talana y muchos matrimonios bastante parejicos, como Bonifacio y la Simona, Julián el Civil y la Gabina. Juanaco y la Cándida, Antonio el Cartero y la Matilde, José Culón y la mujer, Pedro el del Cartucho y la suya, Morano y la Lorenza, la Cayetana y Casitas, el tío Mocho, la Ciriaca y tantos otros que brillaron por sus colores en nuestras calles diciendo que no hay gordo feo y en nuestras cocinas rodeando la sartén bendecida con el dicho del pobre de: antes reventar que sobre.

A varias de estas personas y otras que no menciono por no alargar esta relación, les pesaron poco las carnes y no se les acumularon demasiado las mantecas ni necesitaron tratamientos de complacencia, porque trabajaron como fieras y el que gana y gasta no se hace rico ni se le crean problemas de acumulación ni de privaciones que también se dejan de sentir.

III

En el sentido convencional tampoco se recuerdan grandes trifulcas, a pesar de venir gentes de Valdepeñas, Murcia y Albacete que tenían fama de camorristas y de diestros en el manejo de las grandes navajas que no permiten escurrir el bulto, pues el único hecho luctuoso fue el de Emilio el Pámpano de mala sombra y entre alcazareños. El vino corría, desde luego, pero más la codicia del juego y la barraganía de las mujeres.

En el aspecto médico-sanitario de la vida del paseo, puedo decir que no fue tan nociva como podía suponerse, por la privatización de las relaciones humanas, pudiendo asegurar que la mayoría de las enfermedades graves observadas eran de importación y no generadas aquí donde un temor, instintivo pero fundado, dio lugar a que el ruido fuera más que las nueces.

ESCENAS PASTORILES



Juana Pérez Vela, nieta de la loca de la Carretera, nos ha hecho la merced de traernos este par de fotografías con escenas típicas de nuestro pastoreo.

En la primera aparece Bedejas, su padre, Casimiro Pérez Fernández, con dos de los hermosos mastines del ganado de la "Cañá", uno de esos grandes ganados que no venían nunca al pueblo.

En la segunda está Casimiro con la Tomasa Vela, su mujer, lavando los rollos, serillos o pleitas de hacer el queso.

Es una estampa médica de primer orden, pues la que lava es ella mientras él permanece sentado con los rollos entre las piernas porque se le ve en todo que le falta resuello, se afianza en el suelo con los pies y con las manos en las piernas, se echa la boina hacia atrás y ensancha los

hombros porque le estorba todo. Siendo delgado se le ensancha el pecho porque lo tiene lleno de aire que se le retiene dentro y se agarra a todo lo que le pueda ensanchar la caja del pecho que no coje más. Con lo poco que hace la Tomasa, él se tendría que sentar o agarrarse al carro o a la ventana. El espacio, el suelo, las puertas son típicos de un gran corral de ovejas y este hombre de tan ostensible enfisema pulmonar, fuma, como se ve, convencido de que esto no hay quien lo entienda, porque negro de toser, echa un cigarro y se le calma la tos y haber quien atina, porque eso es según le da. Pero qué perráncanos tan fuertes y tan lustrosos le acompañan.

La Pilar Octavio está ahí con su padre, Bonifacio, nuestro pastor poeta y su hermana Avelina, puestos en el entremiso haciendo el queso.

Ya salieron el padre y la hija en el libro cuarto con la misma faena y amplia explicación.

Los serillos, el entremiso o mesa de hacer el que-



so y las queseras o planchas que se ponen al queso por ambas caras, son los útiles de que se sirve la quesería. Lo demás lo hacen las manos y la habilidad de que no suelen estar faltos los pastores acostumbrados a labores de adorno en sus obligados ocios mientras come o duerme el ganado.



Reproducimos esta fotografía de las escuelas ferroviarias, que debemos al buen alcazoleño Santiago Ramos Plaza, para que no desaparezcan sin dejar señales de su existencia, como sucede con todo en Alcázar.

Plano mudo del lugar

I

Cuya interpretación brindo a los entendidos, anticipando yo los detalles de mis recuerdos y la posible interpretación del dibujo.

Corresponde al año 1840, es de autor anónimo y debemos su localización a nuestro paisano el General Médico don Emilio García-Vaquero Garrido, para entendernos amistosamente, el hijo de Jesús Vaquero el del Registro. El plano procede de los servicios geográficos del Ejército.

II

Por mi parte no considero fácil la interpretación de este plano mudo, sin apenas indicaciones, pero aprovechando bien las pocas que figuran manuscritas, podemos darnos una idea del contorno del pueblo antes del ferrocarril, debiendo manifestar en este punto mi admiración por la facilidad con que don Emilio se ha hecho cargo de casi todo el callejero, lo que demuestra lo mucho que se fijan las ideas en los ausentes, aparte de la costumbre que pueda tener de interpretar mapas en su juventud.

Si mentalmente o gráficamente, trazamos una cruz que comprenda todo el plano, quedará dividido en cuatro compartimentos iguales, dos arriba y dos abajo, dos a la derecha y dos a la izquierda y veremos que el cuadrante inferior izquierdo y una buena parte del superior, están ocupados por salitreras, divididas por el Arroyo, que recoge las aguas de la mitad izquierda del pueblo y se pierde en la Veguilla, a unos tres cuartos de legua, dice el plano en el que se escribe Veguilla con B, dicho sea por lo que puede significar.

Este arroyo que se le ve doblar en las proximidades de la Carnicería, (el matadero antiguo donde estaba Picuco), para buscar el otro arroyo que pasa por la puerta de la Renga, y recogen todas las aguas de la mitad occidental de la población, quedando la otra mitad para el arroyo de la Mina desde los puntos que marcan las corrientes según las alturas del terreno. Por cierto que este arroyo de la Mina está peor señalado en el plano a pesar de su importancia no inferior a la del arroyo de los Sitios, aunque la unión de ambos formen la Veguilla. Es posible también que esta, al parecer, falta de interés por la Mina del autor del plano, pueda deberse a que no estando hecha la vía ni sus terraplenes y alcantarillas, no se acumularan las aguas tanto y no tuvieran tanta importancia sus corrientes como la tuvieron luego.

Detalle digno de consignarse es que todo el pueblo aparece rodeado de eras menos el extenso campo de las salitreras.

No hay ningún detalle que recuerde la estación y los caminos de Villafranca, de Quero, de la Puebla y de Miguel Esteban, salen separados desde la orilla del lugar, por entre las eras y los cementerios.

Tampoco hay indicios de la existencia del Arco, porque aún no estaba, como la estación y deberíamos encontrarlo en el mismo camino siguiendo la línea de la Carnicería o matadero. Todo esto nos dice aproximadamente el tiempo en que se pudo hacer el plano.

Delante y a los lados del cementerio de San Sebastián, está la explanada por donde galopaban los caballos al final de sus carreras para coger los gallos, explanada donde se inician ya las calles a partir del molino del aceite para abajo, pero ¿cómo se diferencian estas calles siendo que la del Santo baja derecha hasta el Arenal y precisamente visible desde la esquina del cementerio?

Hay que tener en cuenta que no existían ninguna de las calles actuales, ni siquiera la del Norte que aunque más antigua, es de construcción reciente, como la bodega de Estrella.

Hay demasiadas construcciones en todo este barrio para determinarlas sin explicaciones, siendo que todas las hemos conocido de campo y se recuerda perfectamente la época en que el Conde y otros propietarios hicieron sus casas para alquilarlas a los treneros.

Las eras del camino de Miguel Esteban llegaban hasta la Cruz Verde, donde como en los Sitios, hizo Ricardo la segunda Montijana y hemos visto de hacer también todas las casas de la misma Cruz, incluso la de Melitón. La casa del tío Melchor se hizo en una era, igual que la del Mono en la esquina y frente por frente las de Raspilla, Lorente, la bodega de Bonifacio y las que le rodean hasta la de Narciso Sierra que se han conocido de eras y de pilancones estando ya la estación en toda su pompa como se ha dicho mil veces.

Pero hagamos un estudio un poco detallado de cada cuartelada.

Vemos a la izquierda, en su centro, el Arroyo que divide este sector en dos partes casi iguales. En la mitad inferior, totalmente despoblada, como se conoció, está la Fábrica del Salitre, lindando por el norte con el arroyo y en todo su contorno con las salitrerías, dando por el saliente a la Corredera, por el Sur al camino de Herencia hasta Santa María y rodeando a ésta numerosos montones de tierra para sacar el salitre.

La iglesia tiene delante el Palacio, claramente escrito.

Con todo ello queda iniciado el conocimiento seguro de esta cuarta parte del plano, dando salida a los caminos de Herencia y Manzanares.

Más allá del arroyo, hacia el Norte, una gran extensión de terronteros donde Ricardo López hizo la Montijana primitiva que desaguaba en el arroyo, por cuyo alboyón vimos muchas veces a Nanaeque dándole a la bomba.

Ahora bien, la Corredera que pasa por el Saliente de la fábrica del Salitre, termina en la calle de la Feria en su confluencia con la plaza de la Aduana y deja a su derecha Santa Quiteria (marcada con una cruz) y la carnicería, (el matadero) en el campo, junto a las portadas del Tuerto y de Castaña, donde puso su hijo Eugenio el taller de marmolista con el tiempo. Forman triángulo las cruces de Santa María, Santa Quiteria y la de la capilla del cementerio

de San Juan, con una serie de construcciones hasta llegar a las eras que no se consigue interpretar por haberlas conocido todas de campo y haber en esa época demasiadas calles e incluso una cruz que podía ser la cruz Humilladero de esa entrada del pueblo.

Todo ello completa la mitad inferior del plano.

Por arriba, a la izquierda, por encima del Arroyo, siguen los montones de tierra para el salitre y las salidas a Villafranca y Quero y la cruz del cementerio de San Sebastián. A la altura del cementerio y siguiendo la línea horizontal, hacia el camino de la Puebla, hay marcado un pozo que sería abrevadero, como a la entrada de la calle del Crudo, a cuyo final aparece la plazoletilla del Altillo de Soria, marcada por cinco puntos en forma de flor, como el pozo mismo.

Frente por frente del cementerio y luego de la gran explanada que le rodea, hay una calle ancha y corta que no puede ser más que la del Santo que desemboca en el Arrenal, también señalado con cinco puntos diminutos en forma de florecilla. Al desembocar la calle tiene a su derecha la gran fachada de Diego el Galgo y las del tío Marcelo Vaquero y el Niño, su hermano, alineadas por el arroyo que va a la puerta de la Renga. Y enfrente, al saliente, la manzana que va a dar al Altillo, donde estaba la carpintería del Rulo, que tiene enfrente la manzana que bordea la calle Jadraque y las que continúan hasta la Cruz, comprendiendo la calle de Machero. Todas ellas forman la acera de la izquierda de la Cruz Verde que se la ve llegar hasta el límite como un camino más, separado de los de la Puebla y Miguel Esteban. Esto de la separación de los caminos desde su origen, tiene la importancia de que la estación, al cortarlos, dejó una salida común con barrera y que se dividían después ramificándose a cierta distancia del pueblo.

En la acera de enfrente de la Cruz Verde, son evidentes los macizos que divide la corriente de las aguas hacia el arroyo de la Renga y el de la Corredera a través de la plaza de la Aduana. Todo esto está muy claro, como la entrada y descubierto del corral de los frailes y la calle Ancha que termina en el cristo de Villajos, señalado con una Cruz. En esta calle son evidentes, la bajada por el alterón de la calle de la Victoria, impuesta por las aguas, y la entrada a la placeta del Progreso con la cruz del Cristo Zalameda detrás de la callejuela.

Son muy claros los corrales que dan a las eras. Por debajo de la calle Ancha aparece un conglomerado donde están comprendidas las construcciones del cuadrante superior derecho que nos ofrece una calle central siguiendo la línea del Cristo, que no puede ser más que la Castelar, bajando por la cual hay a la derecha la calle de ojos de Rana y la de la esquina de Bonifacio. No había más ni las hay hasta llegar a la Plaza y torciendo a la mano izquierda se encuentran paralelas las calles de Resa, (por Marañón y Resa) y Verbo que da al Altozano, en cuyo fondo hay una cruz que señala la iglesia de San Fran-

cisco con un arroyo a su derecha que solo puede ser el de la Mina, aunque limita su origen al campo.

A la derecha de la Castelar sale la calle de Santa Quiteria, marcada con otra cruz y continua la de la Trinidad con otra cruz en la placeta del Pretel, comprendiendo el gran descampado que era la huerta de los frailes que hemos visto en la descripción anterior de la Cruz Verde. Queda con esto dada una idea somera de tres de los cuatro cuarteles del plano, quedándonos solo el cuarto que es el inferior derecho del plano, que va a enlazar con lo de Santa María por la Torrecilla y todo aquello de la Puerta de Cervera.

Cualquiera puede coger el plano y entretenerse en la identificación de las calles con los entrantes y salientes de las casas antiguas. Este sector, como los demás del pueblo, están rodeados de eras, lo que significa que no había más construcciones de fábrica y las zonas claras son descubiertos, caminos y tierras y en las salitrerías hay hoyitos, dice el desconocido autor.

No es mucha la luz que arroja este plano para lo que se espera y desea, pero es suficiente para saber como era el contorno urbano de la Villa en su tiempo y merecen la pena los sacrificios que supone poder dejarlo consignado en esta obra para ayudar a los entusiastas del porvenir.

III

Estos arroyos y estas corrientes son la razón de la amplitud del Arenal y de la calle del Santo, tan diferentes de las demás calles y plazuelas del pueblo y tan impropias del espíritu de los que las trazaron a la pura fuerza. Y lo mismo el Altozano y la plaza de la Fuente, independizada de la plaza verdadera, por ser lugar de paso y de acumulación de grandes cantidades de aguas con peligro de inundaciones que arrastraron más de cuatro veces los puestos de la feria cuando se celebraba en su sitio, explicación clarísima del origen de la Veguilla, a la que por otra parte contribuyen el cerro Gigüela y la cuesta del Bernardillo, impidiendo todavía que nuestras aguas vayan a la Vega y favoreciendo el establecimiento del charco a este lado, cosa que no era ninguna desgracia y ofrecía abundantes cosechas en aquellas tierras. Es la geografía la que manda en esto, no es la política y no hubiera estado mal con que no lo estropeará, pero con tanto saber, la suerte de que viertan para acá las aguas de la cuesta de Criptana y del Cristo, se convierte en un calvario y nos enzarzamos en una lucha a brazo partido para enmendar la plana a la naturaleza que lo tenía resuelto de la forma más natural del mundo y no había más que dejarla obrar y acomodar a esa suprema ley todos los alrededores de las corrientes y apartarse de ellas llevando el caserío al llano de lo alto.

Nuestro pueblo, situado en una extensa loma, está materialmente dibujado por las corrientes naturales. El paralelismo de las calles se debe a ellas y las transversales están marcadas por las desviaciones de las aguas para incorporarse a los cauces de mayor amplitud, cuyo respeto hubiera dado al pueblo

un aspecto más atractivo y cordial. Los que hemos conocido algo de aquello y pateado tanto barro en las calles de nueva creación y visto totalmente anegadas la mayoría de las calles principales, nos damos bien cuenta de ello, porque hay divisiones producidas totalmente por la erosión de las aguas, que las hemos visto de ir haciéndose poco a poco, como el alterón de la calle Ancha o el del Altillo Soria aunque más pequeño. Y la Mina, que es bien demostrativa desde la calle de la Virgen como colector de lo que baja de la alcantarilla de la vía y del paseo por debajo de las Bilbainas y la fábrica de harinas cruzando el camino y continuando por entre las bodegas de Miguel Rebato y Lino el Botero.

El paseo no hay quien lo conozca, ha perdido su grandiosa naturalidad de centro de trabajo, jaraneo y admirable vitalidad. Un fenómeno curioso es que todas las aguas de la estación son tributarias de la Mina, pero al oponerse el hombre con sus manipulaciones, las aguas de la mitad de la calle de la Estación, se vuelven a la estación misma e inundan el rincón de los pellejeros. O sea que el hombre se las echa encima sin que las atarjeas de los lados de la vía sirvan para evitarlo aunque perduren como obra muerta.

Se ve claro que el pueblo, que lo era el barrio de Santa María, se construyó en la parte más alta, rodeado por las corrientes, pero apartado de ellas previsoriamente. Fue el hombre adelantado o sabihondo el que produjo los entorpecimientos y los ha ido aumentando con el tiempo. La Mina contorneaba el pueblo sin peligros y las aguas de aquí arriba iban a encontrarse con ellas con la misma seguridad y al expansionarse el pueblo lo hizo hacia los cerros, no hacia los desagües y se previó el peligro haciendo el Arenal y el Santo y la Cruz Verde con las profundas cunetas de tierra que se necesitaban para no ahogarse, trazadas por albañiles conocedores del terreno y de lo que se podía necesitar, llenando de pasaeras y de puentecillos todos los puntos de mayor peligro en las grandes avenidas, que no escaseaban. Y se respetó la corriente de la Mina por detrás de la bodega de la Espada sin pretender echarla por arriba de la calle de la Virgen y el final de la calle de las Cruces que estaban de campo, porque las aguas no necesitan ayudas, sino que no les estorben, pues saben ir solas desde que nacen como los pollos de perdiz.

IV

Es un hecho raro la existencia de este plano.

Lo es así mismo su anonimato y la falta de explicaciones aunque dice que figuran en el borrador aparte. Teniendo en cuenta la época -1840- el estado del pueblo y como se vivía, es casi seguro que el autor del plano técnico tan exacto, no era de Alcázar y que la razón de que se hiciera fue por algún motivo de fuera también, que a primera vista podían ser derivaciones de las guerras civiles antiguas y los amurallamientos protectores que se hicieron en este tiempo, diferentes de los primitivos de la -Fortaleza Palacio- y que tu-

vieron por objeto protegerse contra las incursiones de los facciosos, que acabaron por morir aquí o bien estar motivado por los primeros tanteos para la instalación de la vía férrea. No se vislumbra ningún otro motivo probable aunque parece un poco pronto para lo del ferrocarril y el hecho de que el plano se encuentre en los servicios geográficos del Ejército ¿no induce a pensar más en las necesidades militares que en las industriales?. La necesidad militar justificaría la buena ejecución del plano por corresponder a Ingenieros y Geógrafos del Ejército, en relación con lo cual puedo decir que he visto en catálogo un croquis de Villarrobledo hecho por el Ingeniero militar don Antonio Rodríguez y esta población, no se por qué, ha estado siempre ligada a Alcázar guerreramente, y además ha pertenecido al partido de Alcázar, como Socuéllamos, hasta la última división política.

CALLEJERO DEL PLANO

Aparte de la apreciación de conjunto expuesta en la introducción de este trabajo, penetraremos algo en las calles siguiendo las indicaciones de D. Emilio Vaquero, de Angel Palmero y las nuestras propias que Chaves ha recogido y hecho visibles y aún palpables con su habitual maestría.

Todo sea en honor de esta bendita tierra que tanto nos inquieta y nos conmueve.

Son las calles de por el año 1840 adaptadas a los nombres actuales, sintiéndolo mucho porque con ello pierde la Villa su casticismo, pero no hay otra solución porque en las actas municipales no hay ninguna nota que nos advierta de tales cambios, sabiendo que existieron. En este mismo trabajo se habla de la calle de Ojos de Rana por parecernos lo más claro y propio del lugar, pues de llamarle del Galgo, como fue, nadie lo comprendería y lo de General Lachambre que llevó mucho tiempo no lo entendería ni quien se lo pusiera. En cambio lo de Ojos de Rana lo saben hasta las piedras, aparte de ser una notable cosa por tratarse de un apodo que ni pintado, de los más acertados de Alcázar.

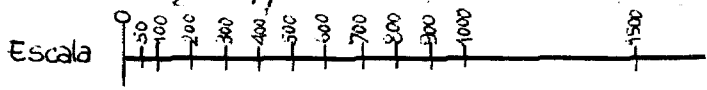
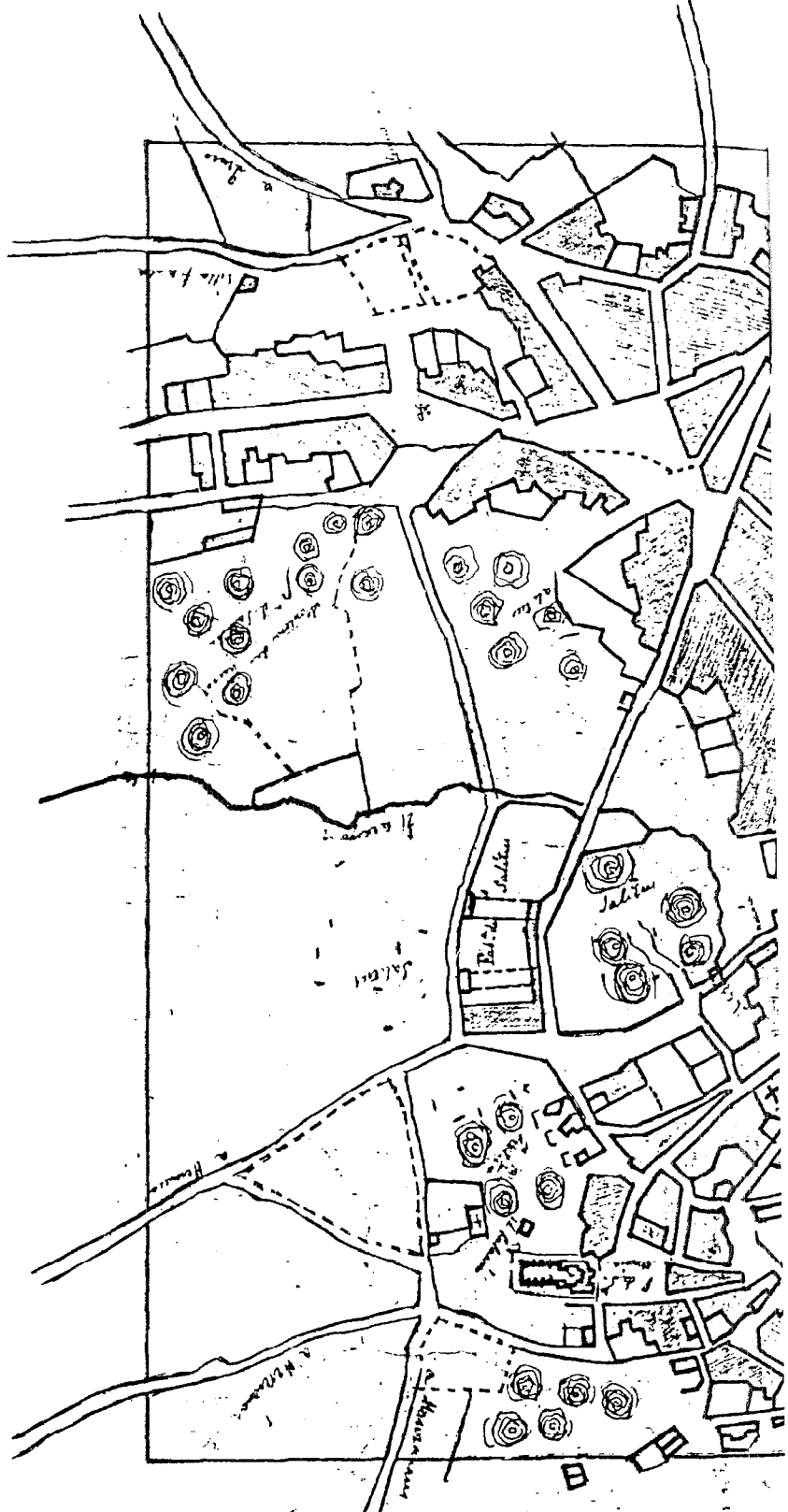
En las relaciones, ya largas, de esta obra, hay algunos nombres antiguos que se han perdido o alterado sin acierto, como el Navajo de por Santa María, la Torrechilla que lo era la plazoletilla de donde parten la puerta de Cervera y la torre del Cid, la de la Pringue que lo era la de la Tahona o Independencia; Almireces que perdura y Cruz del Tolmo o el Cristo del Amparo, la callejuela Cerrada, el callejón del Toro, etc., aunque son muchos los nombres antiguos que se recuerdan pensando que no pudieron tener otros, como los citados en el escrito de don Juan Alvarez-Guerra reproducido en el libro 51, que citaba en plural los altozanos de San Francisco, la calle Nueva, el callejón de los Frailes y algunas callecillas cortas y estrechas que sirven para cruzar entre otras mayores, por las placetas de Cebaila y de Santa María.

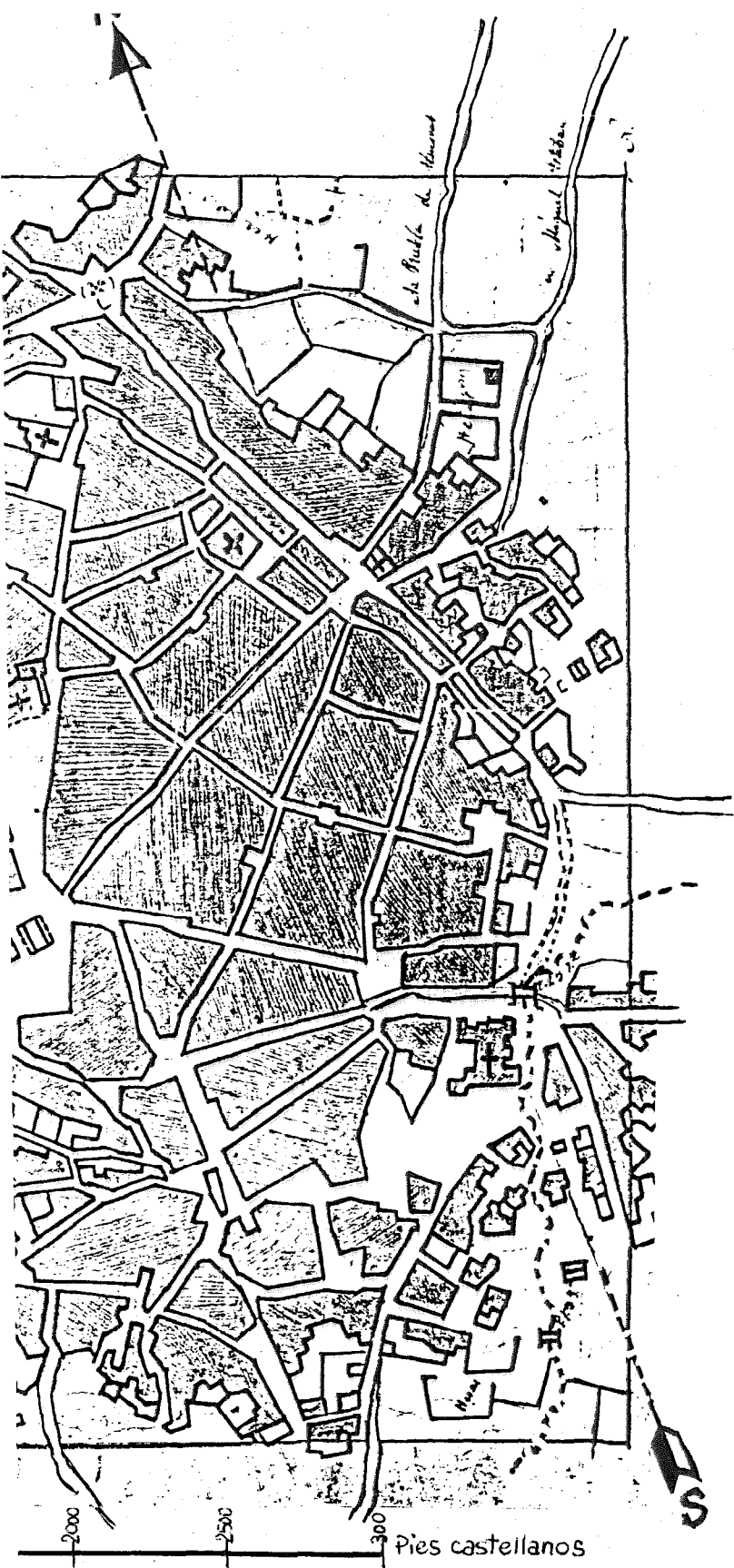
Alcázar

de

San

Juan





Plano

mudo

del

Lugar

Edificios y calles señaladas en el plano

- | | |
|--|---|
| 1 Toledo | 28 Barroso (Marina. Ramón y Cajal) |
| 2 Sandoval | 29 Unión |
| 3 San Sebastián (Santo) | 30 Montes |
| 4 Crudo | 31 Plaza España |
| 5 Madrid | 32 San Francisco |
| 6 Jadraque | 33 Plaza Altozano y de D. Joaquín Alvarez (Altozano). |
| 7 Cruz Verde | 34 Independencia (Pringue. Tahona). |
| 8 Plaza Arenal (El Arenal) | |
| 9 Plaza Aduana | |
| 10 Corredera | 35 Cautivo |
| 11 Plaza Sta. Quiteria (Glorieta de) | 36 Méndez Núñez (Almaguela) |
| 12 Hermanos Galera (Feria) | 37 Mediodía |
| 13 Antonio Maura (Arjona) | 38 Plaza Bolsa |
| 14 Trinidad | 39 Carrasola |
| 15 Torres | 40 Puerta Cervera |
| 16 Gral. Alcañiz (Ancha) | 41 Recreo |
| 17 Moral (Galgo. General Lachambre. Alberca Lorente) | 42 San Juan |
| 18 Victoria | 43 Salitre |
| 19 Juan de Dios Raboso (Cristo Zalameda. Alcolea) | 44 Rubio |
| 20 Muertos (Barco y D. Magdaleno) | 45 San Antonio |
| 21 Alberca Lorente (Moral) | 46 Diana |
| 22 Castelar (San Andrés) | 47 Santo Domingo |
| 23 Canalejas (Resa) | 48 J. Romero (Santa María) |
| 24 Tribaldos | 49 Doctor Bonardell (Carretera de Herencia) |
| 25 Horno | 50 Alvarez Arenas (Callejón de D. Juanito o de Santiago). |
| 26 Pineda | 51 Plaza Palacio (Placeta) |
| 27 Pintor Lizcano (Cuartel) | |

EDIFICIOS IMPORTANTES

- | | |
|------------------------------|-------------------------|
| A Ayuntamiento | I Casa de Cervantes |
| B Torreón | J Casa de la Niña |
| C Iglesia San Francisco | K Casa Juan Castellanos |
| D Iglesia Santa María | L Capilla Santo Domingo |
| E Iglesia Santísima Trinidad | M Fábrica del Salitre |
| F Iglesia Santa Quiteria | N Hospitalillo |
| G Cristo Zalameda | O Cementerio del Santo |
| H Cristo Villajos | |

Algunas viviendas de nuestros Hidalgos

Me ha parecido que para la mejor interpretación del callejero representado en el plano sería útil señalar algunas de las casas notables de su época que se puedan localizar por otros detalles diferentes a los de su construcción o enclavamiento, pero son demasiados los Hidalgos de la localidad y ocuparía mucho espacio la descripción de sus viviendas por lo que nos conformaremos con algunas de las que se puedan concretar con más claridad. Al mismo tiempo los lectores podrán observar los nombres antiguos de algunas calles que les llamarán la atención y que puestos en el plano lo hubieran convertido en un verdadero tesoro aunque lo sea de todas maneras, para los amantes del lugar.

A estos efectos, recuerdo a uno de los que no han dejado de sonar todavía, que lo era Mantilla —D PEDRO MANTILLA DEL RIO—, cuya casa era la conocida por el motor de Alfredo, es decir que vivía en la calle del Verbo, lindando a oriente con la calle, al sur con la casa de Agueda Ruiz, al poniente con la callejuela que sube de la calle Resa, que era una callejuela de verdad lo que ahora se llama calle de Tintoreros. Localizada esa casa que yo la visité mucho en los tiempos de Paco Saiz y sus hermanas, queda localizado un amplio sector. Es menester haber visto esta casa antes de convertirla en fábrica de Harinas, para darse cuenta de las diferencias de calidades y lamentar los cambios tan feos que vienen sufriendo las construcciones, presididas únicamente por el espíritu utilitario.

Hay otros nombres de Hidalgos que siguen sonando como nombres de demarcaciones rústicas, pero que se han perdido las particularidades urbanas, como los Tardíos, los Barchinos, los Guerreros, etc.

DON JUAN FRANCISCO ROPERO TARDIO vivía en la calle de San Francisco, lindando a oriente con los herederos de María Lucendo, al sur la calle, al poniente la Casa de las Comedias y al norte la casa de don Fernando Aguilera, que es la de don Joaquín, luego la cosa está bien clara teniendo en cuenta que la Casa de las Comedias lo era la de don Juan Comas, el número siete.

Don Fernando de Aguilera tenía varias casas pero debía vivir en la que luego fue de don Joaquín en la calle Resa.

DON PEDRO LOPEZ DE PARRAGA Y ALARCON. Ya se sabe que a él se debe el nombre de esquinas de Párraga dado a las de Bonifacio, pero entre sus muchos bienes tenía otras casas y ejercía el cargo de Alguacil Mayor del Priorato de San Juan, motivo con el que debe estar relacionado el escudo y otras características de la casa derribada hace poco tiempo, cuyo patio tenemos publicado con el Sr. Bonifacio en él, muy puesto de sombrero hongo y acompañado de la señora Gregoria, su segunda esposa.

DON FRANCISCO DE RESA Y OROSCO vivía en la calle llamada Resa en honor de su apellido, lindando a oriente con Angela Valenzuela, al sur con Manuel Romeral, al poniente la calle y al norte la casa de don Alonso Mara-

ñón. Es probable que esta casa sea la del Conde después. Y por si no hay otra ocasión, debe decirse que la calle de la Marina, nombre político, de la época revolucionaria, se llamaba entonces de Valenzuela, por ese apellido que ha salido a relucir.

DON JUAN CASIMIRO ZELEDON. Este señor tenía una hacienda muy regular y ocupaba el cargo de Contador General de la Superintendencia de la Villa y su partido. Tenía muchas casas, cosa que pocos ambicionaban, en las calles Nueva, Perdonavidas, Pozo de las Vacas y otras, incluso una en la calle de los Romeros que linda al sur con la de la Pringue que es la de la Independencia (también de las políticas). Ya se sabe que esta calle va estrechando la manzana hacia la calle del Mediodía dando las casas a las dos calles, luego la de los Romeros puede ser el trozo de calle Resa que va desde la de San Francisco a la del Mediodía. El vivía sin embargo en la calle Nueva que fue hecha por él y se reservó un buen trozo en la acera de allá puesto que lindaba con la calle al sur, a oriente con D. Juan Rafael Bobadilla y al poniente con la casa del Cibero.

DON DIEGO SAAVEDRA QUINTANILLA tenía media casa proindiviso con Francisco Coronado, en la callejuela de la Huerta de San Francisco que linda a oriente con los herederos de Nicolás Quintanilla al sur, solar de los Alterones, al poniente dicha calle y al norte don Tomás Merino Sumerilla.

DON FRANCISCO SAAVEDRA QUINTANILLA Y OTROS; HERMANOS DEL ANTERIOR. Tienen su vivienda en el Altozano y linda a oriente con la callejuela del pozo Coronado, que es la calle actual de Fray Patricio Panadero, vecino del barrio por Fraile, pero no por alcazareño que lo era de por el Arenal. Esta casa es la de Villoslada, últimamente de Conchita Palmero.

DON DIEGO MORENO BARCHINO tenía de todo y por lo menos seis casas, pero él vivía en una de planta baja de la calle Almagueta. En la misma calle tenía otra con la cual no lindaba, siendo lindera de la suya Sor Doña Josefa de Buenaventura, monja que pudo ser hermana o tía del Hidalgo, porque la hacienda tenía un censo a favor de las Trinitarias de El Toboso, convento de muchas y frecuentes relaciones con Alcázar en todos los tiempos.

DON MANUEL ANTONIO CERVANTES vivía en la calle Resa, lindando al norte con los herederos del maestro Palomo, al sur con la calle de San Francisco, al poniente con la calle Resa y el Hospital de Nuestra Señora del Socorro, luego esta casa estaba en la esquina de don Luis Espadero.

DON FERNANDO CERVANTES vivía en la plaza Nueva, lindando a oriente con la plaza, al sur con la casa de la Orden Tercera, al poniente los herederos de Alfonso Martín Abendaño y al norte la calle. No se dirá que no tiene interés la noticia, pues es una de las casas tiradas para hacer el casino que fueron por lo menos cinco y lo de llamarle Nueva a esta plaza significa que lo sería al cambiarla desde la de Palacio que sería la vieja, instalándose la nueva al pie del Torreón más distante que fue Ayuntamiento al final del recinto amurallado. No hay duda de ser esta la plaza nueva y que la otra (la de la Fuente) quedaba fuera del recinto, al otro lado de la corriente, ini-

ciándose ya con ello la expansión del pueblo hacia las alturas.

DOÑA JOSEFA LOPEZ DE PARRAGA vivía en la plazuela de los Patudos, lindando a oriente con la calle, al sur con doña María Rojas y al norte la plazuela que adivina cual fuera.

Estas casas tomadas como mejor conocidas entre las muchas que podrían agregarse, nos indican la época de la expansión del pueblo hacia los cerros, salvando las corrientes naturales de las aguas de la Villa, pero es indudable que sus antecesores vivieron en el recinto murado de Santa María, cuyas casas desaparecieron como el recinto mismo.

Por cierto que Madoz dice que la torre de Santa María se hundió toda, la noche del 24 de Abril de 1844:

También habla de que el Ayuntamiento era un edificio cuadrado, de piedra de sillería del terreno, —arenisca de las Abuzas—, con portales en los costados, según se tiene publicado y que separa las dos plazas. La población cuenta, además con 1.200 casas habitadas y varias plazuelas muy capaces con grandes corrales o descubiertos por toda la población.

Deben observarse las dimensiones de estas plazas, sobre todo la de la fuente y Santa Quiteria, parecidas al Arenal y el Santo por la necesidad de dar paso a las aguas de lluvia, preferentemente a las de aquí arriba.

Buena idea

Sea de quien fuere, hay que aplaudir la idea, poco frecuente en Alcázar, de colocar la portada y escudo de la casa de Párraga, en la puerta de la Casa de la Cultura, aunque no le pegue, pero es lo mejor para conservarla, si bien no suficiente porque debió conservarse donde estaba y precisamente por el sitio y sus cualidades, ser restaurada la casa y convertida en museo, porque lo merecía.

En esta obra hay publicada una fotografía de un rincón del patio cuyo estilo arcáico hace juego con el Sr. Bonifacio —Bonifacio Cano Ortiz— y la señora Gregoria, su segunda esposa. En él forman una estampa tradicional de personas bondadosísimas y de mucho conocimiento que vivieron en perenne añoranza de la sucesión.

Todo acaba, desde luego, pero no sin dolor y algo se va de cada uno cuando desaparece una oportunidad de conservar los elementos que rodearon tu vida al nacer.

ciándose ya con ello la expansión del pueblo hacia las alturas.

DOÑA JOSEFA LOPEZ DE PARRAGA vivía en la plazuela de los Patudos, lindando a oriente con la calle, al sur con doña María Rojas y al norte la plazuela que adivina cual fuera.

Estas casas tomadas como mejor conocidas entre las muchas que podrían agregarse, nos indican la época de la expansión del pueblo hacia los cerros, salvando las corrientes naturales de las aguas de la Villa, pero es indudable que sus antecesores vivieron en el recinto murado de Santa María, cuyas casas desaparecieron como el recinto mismo.

Por cierto que Madoz dice que la torre de Santa María se hundió toda, la noche del 24 de Abril de 1844.

También habla de que el Ayuntamiento era un edificio cuadrado, de piedra de sillería del terreno, —arenisca de las Abuzaeras—, con portales en los costados, según se tiene publicado y que separa las dos plazas. La población cuenta, además con 1.200 casas habitadas y varias plazuelas muy capaces con grandes corrales o descubiertos por toda la población.

Deben observarse las dimensiones de estas plazas, sobre todo la de la fuente y Santa Quiteria, parecidas al Arenal y el Santo por la necesidad de dar paso a las aguas de lluvia, preferentemente a las de aquí arriba.

Buena idea

Sea de quien fuere, hay que aplaudir la idea, poco frecuente en Alcázar, de colocar la portada y escudo de la casa de Párraga, en la puerta de la Casa de la Cultura, aunque no le pegue, pero es lo mejor para conservarla, si bien no suficiente porque debió conservarse donde estaba y precisamente por el sitio y sus cualidades, ser restaurada la casa y convertida en museo, porque lo merecía.

En esta obra hay publicada una fotografía de un rincón del patio cuyo estilo arcáico hace juego con el Sr. Bonifacio —Bonifacio Cano Ortiz— y la señora Gregoria, su segunda esposa. En él forman una estampa tradicional de personas bondadosísimas y de mucho conocimiento que vivieron en perenne añoranza de la sucesión.

Todo acaba, desde luego, pero no sin dolor y algo se va de cada uno cuando desaparece una oportunidad de conservar los elementos que rodearon tu vida al nacer.

Universidades manchegas

No es ahora la primera vez que se habla de la Universidad Manchega y leyendo el interesante, oportuno y útil trabajo de don Teodoro Cruz sobre la conveniencia de que se establezca en Alcázar de San Juan la que se proyecta, he recordado lo que tanto me sorprendió la primera vez que estuve en el vecino e histórico pueblo de Villaescusa de Haro, sobre el edificio que con este fin empezaron a construir y se conserva aunque dedicado a otros fines. Y no es solo eso ni principalmente, lo que sorprende en el referido pueblo con- quense, pues aparte de la iglesia monumental y los edificios ruinosos pero sólidos y de valor que le enaltecen, resulta que nacieron en la misma calle 12 muchachos que llegaron a ser obispos de mucha nombradía y uno de ellos, don Diego Ramírez de Villaescusa, fue el promotor de la Universidad, siendo catedrático de Salamanca, en la época que el Cardenal Cisneros decidió hacer la de Alcalá. Los otros once obispos nacidos en la misma calle se apellidaron también Ramírez. Además de los doce obispos cuyas obras maravillaron a los Papas de su época, nacieron allí otros varios varones ilustres, diplomáticos y Virreyes, por los que se denominó la pequeña Villa, Villaescusa la afortunada y con sobrada razón.

Pero hay que preguntarse, ¿qué hubo allí antes para que se criara ese plantel de hombres de provecho?. Ahí está la cuestión, porque en Alcázar hubo un don Jesús Romero que sacó una colección de hombres que sin sus orientaciones y ayuda no hubieran pasado de modestos menestrales, pero esa misma función de hacer hombres se elevó en Villaescusa a la máxima altura, siendo chocante también que lo mismo a Cisneros que a don Diego Ramírez, les diera por llevar las universidades a los pueblos de su nacimiento o de su demarcación. ¿No serían los dominicos, cuyo edificio causa admiración aún en su estado actual, los orientadores de aquella juventud?. Tampoco será casual que don Diego Ramírez fuera catedrático de Salamanca como Fray Luis de León, de Belmonte el uno y de Villaescusa el otro.

No hace falta la enseñanza multitudinaria ni suele ser conveniente y, en cuanto a los maestros, el que encuentra uno entre los muchos de las carreras más largas, se puede dar con un canto en los dientes, porque ese solo es el que basta y sobra para hacerle hombre.

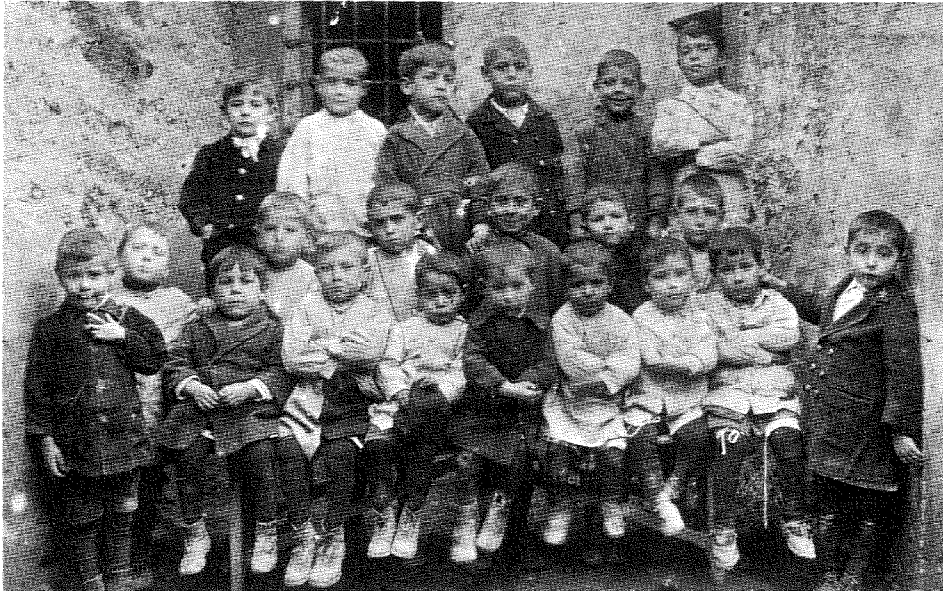
Don Jesús Romero, fraile, exclaustro y solitario, hizo aquella hermosa labor y no es aventurado suponer que algún dominico de los del grandioso convento, cuyas ruinas causan admiración todavía, llevara a cabo aquella gran obra pedagógica tan poco divulgada en toda la comarca, pues se le ve hasta sin querer como ungido por la providencia consagrado a su obra en la apartada y silenciosa aldea de Villaescusa la afortunada.

Existió pues, la posibilidad de tener aquí una Universidad en la época de la de Alcalá y con no menos campanillas.

En pos de D. Demetrio

El solo hecho de que esta escuelilla aparezca sin maestro, ya induce a pensar que fuera suya porque solo él ha dejado de figurar en las fotografías de su colegio por la razón sencilla y natural de ser él el retratista.

Parece que esta fuera la primera que tuvo, instalada en las casejas que había frente al rincón de la fuente en el paseo, que eran los corrales de la Plaza de Toros de Guerras, donde tuvieron las zapaterías Moraleda y el Calero antes de hacerse estacionistas. También vivió allí, para que se recuerde mejor el guardia bizco que se casó con una Cantera.



No es fácil identificar esta tropeja, pero el primero es Miguel Alaminos, el del carpintero del boquete, hijo de uno de los hermanos de Benigno el de la imprenta, creo que el mayor, aunque a estos dos se les tomó la voz por diferente causa y dejaron de cantar muy jóvenes.

El quinto muchacho y otro que hay más abajo con cara de picarillo, son de Antonio Cárdenas, el Pájaro, que hizo la primera casa de arriba de esta punta del Parque, viudo ya de la hermana de Juan el Pollo y me obligó a pisar aquellos barrizales de barro barrioso un montón de veces por sus ahogos.

El último de esa fila de arriba ¿quién diréis que es?. Pues Julio Maroto. Todavía mira así, de soslayo, a pesar de haber ascendido a jubilado. Y puede ser que lo siga haciendo cuando le suban al cielo y allí le increpe la patulea.

El segundo de la tercera fila es Rafael Avilés que se les murió mozo al

Angel y la María Jesús y la novia se metió a monja y ahí está. Si se hubiera casado, a lo mejor no, porque una cosa es enterrar al novio, que es perder la ilusión y querer ir detrás de ella hasta la otra vida y otra quedarse viuda y remozarse.

El quinto es Valdés, el de Pedroñeras, el barbero que se quedó con la barbería de Quintanilla.

El octavo es el chico de Pepe Toribio, malogrado en la guerra y el último, pegado a la pared para sostenerse y sostenerla Angel Palmero Ugena.

No es mucho aportar, pero para los entendidos es suficiente y recordar a todos los demás.

Detrás de este retrato hay un rótulo con letras de imprentilla que dice: "Colegio de San José, Quinto Grupo". Que conste que no inventamos nada eso se queda para don Julio que no se puede ver quieto.

HALLAZGO

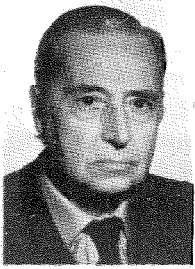
Fotografía para mí sensacional e inesperada, que debemos a Angel Palmero Ugena que figura en ella sentado al pie de la barca, delante del grupo.

Los demás son, de izquierda a derecha, Atilano Fernández, el de Pascasio el de la Natalia la Moracha, hermano de Carpo, de la Genara, de la Rosa, de la Bonifa y del malogrado Julio, personas todas del mejor carácter alcazareño, siempre de broma.

Sigue a Atilano, Gabriel Ruiz, el de Emiliano Mata, Vichen y Rafael Mazuecos que debió escalabrarse puesto que se puso la venda que es lo primero que hace todo escalabrado.

La fotografía está hecha el año 1937, en plena guerra y en la playa de Valencia, no lejos de Malva Rosa, la conocida residencia de Blasco Ibáñez en sus tiempos de político batallador y de las luchas con Rodrigo Soriano, Félix Azzati, Lerroux, Emiliano Iglesias y todos aquellos inquietos navegantes de la barquilla nacional que resiste como ninguna otra los esfuerzos para no hundirse.





Cartas a D. Rafael

Sobre la obra Hombres, Lugares y Cosas de La Mancha

Continuación de las cartas escritas por
Angel Palmero Ugena sobre los libros
21 al 29, ambos inclusive.

(Del fascículo XXI)

“Desde finales de septiembre estoy en Barcelona ocupado temporalmente del gobierno de una sucursal de la empresa en que trabajo. Cuando esta delegación se encauce volveré a mi puesto de Madrid.

Todos los sábados viajo a la capital, veo a la familia y regreso a Barcelona el lunes muy temprano. Este fin de semana me encontré en casa con el fascículo XXI y la noticia de que, además del XX recién impreso tiene varios más ultimados.

El Lunes día 11 en el vuelo de las ocho, el fascículo XXI inició sus andanzas por el aire camino de Barcelona.

Es difícil saber qué habrían dicho los “Quínica”, los “Rufao”, los “Maestrines” y la abundosa nómina que vive en sus libros como en casa propia, viendo que sus nombres y episodios sorteaban la niebla y ascendían por entre una parva de nubes. A diez mil metros de altura, más que la distancia de Alcázar - Criptana, pero hacia arriba comencé a leer.:

LA PLAZA DE LA FUENTE QUE FUE. Buen principio el dibujo de Elvira Samper. Es un cuadro de casas bajas con los postigos cerrados. El Ayuntamiento a un lado. Se mueve un viandante solitario. Fondo de ondulantes cerros, techo friolento de nubes alargadas.

En el portillo trasero del libro, LA CALLEJUELA DEL CRISTO. Y, entre ambos, más vida fluente en sus distintas etapas, sucesos y personajes.

LO NUESTRO. Frases certeras escritas con sentimiento, pero sin acritud. “¿Hace falta decir que lo importante será lo que nos diferencie y no lo que nos iguale a los demás?” —“Lo nuestro propio, ¿dónde está?”— “La demolición del Ayuntamiento fue una gran equivocación.

—La posada, el templete de la música. Qué proeza saltarse los hitos, uno tras otro. Y las campanas del reloj de la villa sonando en aquellos días primerizos como un geniecillo que midiera nuestro tiempo incipiente.

LA PRIMERA ESCUELA NOCTURNA. “Foquillo cultural”. Don Joaquín Soubriet y don Gonzalo Lozano en su obstinada lucha docente.

EL POR QUÉ Y EL CÓMO DE LA ESTACION DEL FERROCARRIL. Usted ha estudiado y estudia como nadie lo hizo hasta ahora la presencia del tren en Alcázar, su influencia en la vida local, los profundos cambios que origina. Cada capítulo nos allega una parcela más del importantísimo acontecer. Qué documentados y amenos escritos.

—Se inaugura la estación. Circulan los primeros mixtos con su carga de mercancías y de viajeros de otras lindes. Algunos se apean, bajan al pueblo y se quedan en él unas horas o unos días; otros, a lo largo de los años, se quedarán para siempre, cruce de nueva sangre con la de las viejas estirpes campesinas.

En LA ESTACION, SU PASEO, SU CALLE intuimos el estirón del pueblo para arriarse a la vía. Entreveo las huertas, los campos labrados y los rastrojos, las parcas arboledas. Suelo sustentador y primario que poco a poco se verá anegado por la piedra para hacerse casas y calles que ensanchan la ciudad.

Las calles tienen su historia y buscan siempre —y lo encuentran— el sitio que tienen en los fascículos. Aparecen la CALLE NUEVA, LA CALLE ANCHA, que se incorporan a la saga de sus compañeras. Explica usted EL CHIMENEON que nos recuerda la tiendecita de este nombre, donde comprábamos el trompo y las bolillas de anís.

No se olvida usted de Juan Antonio Martín Soldado, de "Quinica", de Arturo Castellanos. La pluma, clásica y directa se mete sin vacilaciones en los temas y los temas se le entregan comunicándole sus intimidades.

La apretada síntesis que escribe de Francisco Paniagua Morales nos sabe a poco. En el retrato se aprecian todos los rasgos fisonómicos de muchos "Quinicas" posteriores, la escritura toca los aspectos dominantes, los rasgos psicológicos, los trabajos y afanes que definen el carácter del personaje y su calidad humana.

Arturo Castellanos está bien enfocado, con sus defectos y virtudes, inseparables de todo mortal.

Fue Arturo el mejor impresor de su época. De su taller salieron muchos de los periódicos que hubo en Alcázar. Publicó centenares de artículos y crónicas propias. Poseía un estilo vigoroso, colorista e incisivo, que eran expresión de su temperamento, el temperamento escéptico y quijotesco de un alcazareño de cuna y talante.

No podía faltar en el trabajo penúltimo la nota filial, que muestra la añeja vinculación de sus mayores en la vida local. Habré de leer más el fascículo para captar otros matices.

En fin, Don Rafael se acaba el tiempo, como el año que se ahíla y va adelgazándose camino de su final. Feliz Navidad con mucho sosiego y descanso familiar. Un Abrazo".

Barcelona, 14 diciembre 1967.

(De los fascículos XXII y XXIII)

"Continuo en mi destino de Barcelona. Sus dos últimos fascículos los he saboreado durante mis viajes semanales a Madrid con su obligado retorno.

Siguen, pues, los fascículos paseándose por la altura. Tengo aquí la colección completa. Por no se qué mecanismo mental su lectura me da sosiego, equilibrio y fuerza. Quizá suceda así porque mi substancia de hombre de la tierra —y de hombre de La Mancha—, se reafirme en sus cualidades de tozudez, claridad mental y un tanto de ojo para atalayarlo todo, cual si estuviese en lo alto del cerro de San Antón oteando viñas, sembradíos, caminejos, las cintas parejas de la vía, la lejanía ilimitada.

Quiero expresarle mi humilde comentario a estos dos últimos fascículos, que son un buen regalo para el espíritu. En el número XXII la pluma, como tantas veces, supo ingeniarse para arrancarle a Alcázar nuevos secretos de sus reconditeces.

Elvira Samper dilucida EL SANTO mediante unos toques inspirados. Esas casejas diseminadas, el carro en descanso se animan con la presencia de la yunta enfaenada, al arado su gañán, la mujer con la orzilla bajo el brazo y el viejo de negra blusa cuyo torpe andar alivia la cayada.

Es magistral la evocación del Santo y la descripción que hace de su padre:

"Azadón al hombro, a cualquier hora del día o de la noche, en días de lluvia, cobijado en la manta, para tapar o abrir el arroyo de la Veguilla y regar o evitar el ahogo de la siembra".

Expresiones como "tapar o abrir el arroyo", "el ahogo de la siembra", nos asombran por su insuperable carga narrativa. No pocos de los que escriben necesitarían de un farrago de palabras para expresar lo mismo. Me es familiar esta estampa. La he visto otras veces, vagando en cualquier tiempo por las afueras del pueblo. Siempre me impresionó la soledad de estos campesinos. Pero, ¿cómo era su soledad?, ¿era su soledad nada más que aparente? ¿De alguna manera presentían o sabían que estaba con ellos -sembradores y cultivadores de sustentos-, como razón y soporte de su ser, el Dios-universo de la creación, presente en la tierra y en el devenir de las estaciones?

BROTOS NUEVOS EN EL PASEO - LA VILLA SE PONE DE LARGO - VIDA MEDICA - AVATARES DEL HOSPITAL. Nuevas páginas para la historia de nuestra medicina, otro gran trabajo sobre el Hospital. Con PESAR, MEDIR, CONTAR se despide el libro tras una relación de las medidas usuales en 1849-50, cuando todavía no dominaba el sistema decimal. Repican las leguas, fanegas, arrobas, y las divisionarias-varas, cuartillas, azumbres, celemines, tintinean los reales y lo maravedies de nuestra picaresca.

En el fascículo XXIII por "libérrima elección de Elvira Samper "nos dice usted-, se encuentra en la calle de Toledo "con el anchurón de entrada de esa calle espléndida". Se alinean como pueden las casas rugosas y jorobadas. El jumento montado y en marcha, la mujer, el carro y el galgo quieto no impiden un escalofrío de soledad. "La calle inmensa, solitaria y silenciosa se pierde en la lejanía de un horizonte infinito".

LOS ALOJADOS, una estampa viva de colorido. Nacen LA CALLE DE LA LUNA y la de CERVANTES. El propio Cervantes hubiese cedido a gusto cambiar este nombre por el de YESEROS.

DE QUÉ y COMO SE VIVIA. En gran parte de la época se malvivía de los cultivos tradicionales -"candeal, centeno, avena y titos"- "más las ayudas del yeso, la barrilla y la ganadería con algún que otro olivar o viña". "La indigencia era general". "No se puede olvidar los chicos ateridos". "Las casas desguarnecidas, escasas de lumbre y falta de ropas". Otra vez la vida chiquita de nuestros coterráneos, tocada de unas gotas de civil heroísmo.

EL MEDICO DE VILLARTA. La vida de don Julián Díaz-Pavón Almoquera diseñada con datos de primera mano y observaciones rigurosas es otra de las brillantes crónicas de médicos que su pluma nos transmite. No hay ninguna fantasía en este relato que parece extraído de una novela de Dickens. Sin faltar una alusión "a los momentos de duda, de amarga duda y aún de angustia del médico", entregado a su deber y vocación de curar.

¿Se da usted cuenta de que si reuniera en un tomo todo lo que ha escrito en los fascículos acerca de los médicos resultaría un extraordinario documento sobre el galeno

que ejerce en los pueblos?

Algún día los que saben y están preparados tendrán en los fascículos materia sobrada para desarrollar monografías y estudios del mayor interés, que constituirían un gran homenaje a su obra. Los de Alcázar, especialmente estamos en deuda con usted.

GENIO Y FIGURA -EL AGUA- (su problema y los azares de su solución) LOS BAÑOS DE VILAFRANCA, ACTOS MEMORABLES Y EL CALLEJON DE LOS FRAILES, pertenecen a un estilo inconfundible que identificaríamos en un instante si no viéramos la firma del autor. Y en el trabajo final un broche bien cincelado para la página última.

Hace ocho días estuve en Madrid y recogí el fascículo de su homenaje.

Hay en él trabajos de mucha calidad, pero es difícil mencionarlo todo.

Paré mientes en las cuartillas de Pedro Arias. ¡Qué paleta más inteligente! Y no lo digo peyorativamente. Celebro mucho que nuestro paisano mantenga lúcida su cabeza y prosiga en el pueblo de sus amores su ciclo vital. Reparé en el trabajo de Arturo. Pudo ser y de hecho lo fue, a su modo y a su aire, la pluma mejor cortada de la comarca. Iré leyendo este fascículo-homenaje con más reposo.

Tengo verdaderos deseos de tomar las vacaciones, poder ir por Alcázar y verle si es posible.

Esperando que se encuentre siempre tan en forma como ahora, le saluda afectuosamente..."

Barcelona 29 julio 1968

(De los fascículos XX y XXIV al XXVI)

"No le he escrito desde hace ocho meses. No me sirve de excusa ni siquiera la idea de que ni ocho meses ni ocho años suponen, a estas alturas, magnitudes considerables. No, porque la comunicación personal tiene otras leyes. Usted, mientras tanto, como si nada, ha añadido tres fascículos más a la serie.

El tiempo... Cómo se nos echa encima ahora, apretado, exigente, distinto. Antes el tiempo mostraba otro pulso. En invierno, por ejemplo, se hablaba del estío como de algo bastante lejano. Quedaban por delante todavía días cortos, noches largas, fríos, cierzos, heladas. Aún deberían pasar Santa Agueda, Santa Polonia, San Marcos, cuando vinos y viandas sazonan el hermoso jolgorio campestre, cuando el aire riza el herbazal y en alcaceles y trigales luce como bandera el verde nuevo. Pero, ¿qué ha ocurrido con el tiempo, galopante y urgidor ahora, que nos empuja y nos avasalla impidiéndonos vivir a nuestro aire? De pronto, en estos años nos ha entrado a todos una prisa tremenda. No sé si queremos llegar antes a algún sitio único, ni siquiera si ese sitio existe. Mientras, en este vértigo se nos pierden cosas que algún día trataremos de encontrar o reinventar. Pienso que estamos cambiando la seda por el percal, que usamos mal buena parte de lo que la naturaleza y la ciencia ponen a nuestro alcance. No es nostalgia. Con el hilo indispensable tendido al pasado, mi tiempo es el que vivo. Y quiero entenderlo y ver por dónde está la verdad de las cosas.

En Agosto terminé la misión que me retuvo un año en Barcelona. De nuevo estoy en Madrid.

Empiezo a hablarle de los fascículos cuyo comentario le debo. He de decirle que la falta de tiempo me ha obligado a ir limitando y seleccionando mis lecturas. Entre los contados libros predilectos se hallan los fascículos, que han sido los libros de mayor fuste leídos en los últimos meses. Me sucede con los fascículos lo que con la Biblia, El Quijote, el Persiles y algunos títulos más. Siempre sale algo de ellos; nunca están suficientemente leídos. Tanto como en la permanencia de aquellos libros creo en la perennidad de su obra escrita.

El fascículo XX expresa, ante todo, un entusiasta deseo de homenajearle. Ya es algo tratándose de nuestra tierra. Es mucho cuando se comprueba el desinterés que ha guiado tanto y tan emocionado comentario. Preciosas escrituras, conmovidas, admirativas, ingenuas unas, cultas y muy cultas otras, no pocas ilustres, meritorias y emotivas todas, más de ciento cincuenta comunicaciones se apiñan formando un generoso ramo, no para criticar y halagar, sino para recordar, agradecer, elogiar.

Es lástima que la brevedad de una carta, aunque sea relativa, no permita destacar buena parte de estas misivas de tan varia y sustantiva singularidad. Pero he de hacer una excepción, no obstante, copiando una de las descripciones más relevantes de todos los fascículos, la que reproduce en la página once del último, al que me refiero, don Gregorio Altube:

“La poca profundidad del círculo interior y sus dimensiones, recordando las prensas primitivas, con sus embelecados de tablas e incluso de sogas y pleitas, induce a pensar que estas piedras fueron utilizadas como soporte y asiento de aquellas prensas de jaraíz”. “El terreno pedregoso, el majanillo y el almendro silvestre y solitario entre cepas y olivos, son del monte de Villacentenos o de las caídas del Quero, hacia Berenguillo o Piédrola”.

No me extraña el asombro del señor Altube. No pocos de los que lo leímos en su día nos quedamos turulatos.

No es fácil destacar nada del fascículo XXIV de muy igual escritura y elevado interés. El alcazareñismo se transparenta en sucesos menores y no tan menores, en los trabajos y cabildeos de los que rigen la villa, objeto de una parte de su relato. El 9 de Noviembre de 1878, a trescientos veinte años del nacimiento de Cervantes —según la partida de nacimiento de Alcázar—, se celebra el aniversario; misa en Santa María, responso en la casa donde viera el escritor la luz primera, limosnas a los pobres, discursos.

En OFENSAS Y DEFENSAS nárranse episodios en nuestro suelo de las guerras y luchas civiles de la época.

En Enero de 1843 se conviene el arrendamiento de la almocetanía - derechos de fiel contraste- cuyo nombre es reliquia de la dominación árabe.

ANTIGUEDAD DE LAS CALLES.—Todo lo que lleva escrito de las calles, agrupado, conformaría un trabajo monográfico de superlativo interés.

En SUCEDIDOS luce el trasfondo socarrón y el humor de nuestros paisanos.

La autoridad sigue atenta a cuanto tiene una significación cultural. En Julio de 1890, acude el cabildo a la estación con la banda de música para complimentar a don Isaac Peral a su paso por la estación “en el correo de esta noche”.

FASCICULO XXV. Se inicia aquí TOPONIMIA ALCAZAREÑA cuya importancia es ocioso señalar. El libro empieza con el estudio “ALCAZAR EN LOS AÑOS 1700” escrito con un gran acopio de datos, ideas y descripciones de la situación de la villa, terrenos y haciendas.

REGADIOS, ERAS, SALITRERIAS, un censo de nombres y profesiones, parte esencial del nervio económico del Municipio.

Por MORADAS DE HIDALGOS ALCAZAREÑOS poseemos relación de éstos, sus propiedades —bodegas, viñedo, ganado—; complemento del capítulo es FAMILIARES Y SIRVIENTES DE LOS HIDALGOS ALCAZAREÑOS. Obsérvase que los apellidos Cervantes y Saavedra abundan tanto, que, en su tiempo fundamentaron buena parte del pleito de la cuna cervantina. No existe pueblo que posea tal número de vecinos así apellidados.

GANADO ALCAZAREÑO. Muletadas, ganado ovino y caballar, toradas, formaban en la época una notable riqueza. Inquietante pregunta; ¿por qué de su desaparición?

MOLINOS DEL AÑO 1750:

“Ya pasó todo. Nadie muele ni cuece, pero el pan que venden no tiene el olor aquel tan rico de los capachos que cocía mi madre y me place que mis nietos lo sepan por si en algún momento tuvieran que recoger las gavillas que ahora se tiran y hacer resacas en el fuego, que después de todo, no sería lo peor”.

Es este un bello e importante fascículo. Todo ayuda a comprender la imagen de nuestro pueblo en un período concreto de su pasado.

No desprecié nombres y pormenores, en nada prolijos que, como las piecicillas de un ingenio mecánico vitalizan al juntarse un todo sorprendente.

FASCICULO XXVI. Después de TOPONIMIA —casi un centenar de apretadas páginas— siente usted la necesidad de hacer un “posete” o descanso. Bien está cuando nos brinda EL CALOR DEL VIEJO que llama más la atención cuando se sabe que no es un viejo, precisamente, su autor ni mucho menos.

MEDICINA ALCAZAREÑA-VIDA MEDICA ALCAZAREÑA. Conoce bien mi interés sobre este tema, acrecentado a cada capítulo que a él dedica. Las organizaciones hospitalarias y los médicos gozan en los fascículos de una atención especial que ha dado lugar a páginas magistrales.

Los apuntes de don Enrique Manzanque, que usted conoce a la perfección aportan datos y pormenores muy valiosos sobre las epidemias de cólera en los años 1834, 1855 y 1885; circulan por el relato nombres muy conocidos del ámbito sanitario de Alcázar; farmacéuticos, veterinarios, médicos, los Soubriet, Forner, Andújar, Moraleda, don José Carro, don Gonzalo.

MEMORABLES en verdad los actos memorables de la vida alcazareña. Y muy personales también en estos fascículos el tono y el acento de sus interpretaciones.

A pocos se les puede ocultar el hecho de que preparar, escribir, publicar los fascículos así, en solitario, debe representar para usted un gran esfuerzo. Lo pienso más de una vez. Pero la obra es usted mismo, sus vivencias, sus devociones —algo intransferible—, trasunto de otros seres que existieron siempre en el mismo solar. ¿Cómo compartir un trabajo tan personal sin que se pierdan o debiliten estos valores?

Le felicito efusivamente por estos últimos fascículos. Y sigo deseándole que sus afares sigan sin tropiezos. Con el afecto de...”

Madrid, 17 de marzo de 1969.

“Ahora también ha pasado excesivo tiempo desde mi carta de Marzo pasado. Se me han echado encima los tres nuevos números, que, leí enseguida. Son los fascículos XXVII al XXIX que dan fe de su capacidad de trabajo, amén de otras cualidades o virtudes que deseo se conserven intactas durante muchos años. Mientras usted sostenga la pluma la imagen del pueblo seguirá ganando altura, y muchos alcazareños mayor conciencia del lugar. Que esta incruenta y generosa batalla de los fascículos es fecunda pese a la aridez aparente del secano.

Le escribo hoy en esta relativa calma de finales de 1969. El año resbala hacia el final y todo se impregna de su paso cansino propio de las últimas jornadas. En Madrid el aire está menos cargado de villancicos que en Alcázar. No nos encontramos por las calles con ese conocido que algo nos recuerda o con algún registro íntimo se relaciona. Así, callejeando en estos días, y pese a la multitud, suele acompañarnos la soledad durante un tiempo, aunque luego se aleje hacia otros pagos, neblina viajera.

En los fines de año se suelen hacer cuentas e inventarios. El balance de usted ofrece un saldo fecundo. Cinco fascículos, más de doscientas páginas, mil indagaciones, seleccionar, resumir, escribir centenares de cuartillas, dedicar, en fin, muchas horas a una faena donde el dato buscado, contrastado, o, en último caso deducido, han de ser rigurosos. Y, además, sus otros deberes, absorbentes e insoslayables por naturaleza. Me abruman tales certidumbres.

FASCICULO XXVII.—“Rasgos entrañables”. La “foto” que le dedica Nati Sancho, nos revela un rincón hogareño. Es un rincón levantino, por el testimonio de sus azulejos, donde se vé que alguien vive, siente, recuerda. Fernando González compone un ramillete de fascículos; el molino está al frente y con D. Quijote y Sancho a los lados, saludan alborozados el tomo de los veinte primeros números de la publicación. No es para menos.

“Caserío alcazareño”, “callejas y callecillas”, “plazas y placetas”. Este es el segundo libro dedicado a la **TOPONIMIA ALCAZAREÑA**, un título comprometido y ambicioso. En el relato, exigente, saltan nombres de lugares y familias de añejo arraigo. Las antiguas entradas de la villa, “los cristos y las cruces”, tan sumamente representativos de costumbres y tradiciones tienen, también, la atención exigida por un desarrollo de esta naturaleza, que deberá proseguir en el futuro. “Interrogatorio histórico”. Y trascendente puesto que implicaba, con la fijación de rentas, la contribución de la comunidad a mediados del siglo XVIII.

FASCICULO XXVIII.—La variedad increíble de nuestra tipología es pródiga en personajes de pureza sin tacha y sin mezcla. Con “tipos humanos de la tierra” nos da usted en dos páginas el apunte de una familia descrita con garra.

“La Casa de las Comedias”. También tuvimos -no podía faltar- un centro tan necesario para el esparcimiento y el cultivo de los vecinos. De alguna forma debería señalizarse este lugar. Porque si la gente conoce que allí hubo una casa o corral de comedias, será menos indiferente a nuestra historia.

“Maquinistas del tren”. Casi oímos el ruido legendario de los trenes en formación, de los trenes que llegan y parten. Los hombres del tren son inseparables del acontecer alcazareño. Aparecen en este fascículo “Tierra de los Hospitales”, “Otras casas significadas”, trabajos complementarios de las **TOPONIMIAS**.

“La Fábrica de Harinas”. Pedro o José Palmero Jerez pudieron ser, indistintamente, quienes en 1891 solicitaran el permiso municipal para instalar aquella fábrica. Siendo ya “Palmero y Montón”, la fábrica de harinas, la bodega contigua y la fábrica de la luz formaron lo que hoy se podría llamar “un complejo industrial” de mucha importancia.

D. Luis Ayuso que tantos años vivió en Alcázar, llegó por entonces como técnico o jefe de la producción eléctrica.

Cuando he leído que usted fue a la escuela con Hipólito y Pepe Palmero pienso que no sería con mi padre, que ahora tendría ochenta y siete años, sino con su primo del mismo nombre -Hipólito Palmero Palmero-, y con Pepe, hermano de éste, aunque mi tío carnal, otro Pepe Palmero, pero González de segundo apellido, pudo por su edad haber sido también condiscípulo suyo en la escuela de don Cesáreo.

Gracias por la atención que presta a los Palmero. Fueron sin duda una familia emprendedora. Mi padre, como todos sus hermanos, excepto mi tía Mariana, nació en Herencia. Mi madre es de Tomelloso. Si con estos pueblos y el nuestro formásemos un triángulo, en el vértice de arriba caería Alcázar. Aquí hemos nacido todos los Palmero Ugena del lugar. Y siempre estuve contento de mis raíces, manchegas por los cuatro costados.

Extraordinario el trabajo de "LA SIERRA DE LOS MOLINOS DE CRIPTANA", y las ilustraciones fotográficas de Fernando González.

FASCÍCULO XXIX.—"Los sucedidos". Valioso comentario, "pues del cuentecillo se llega al adagio, al refrán y al proverbio".

Son casi cuarenta las páginas en esta tercera parte de TOPONIMIA, plenas de datos y conclusiones. Se ve muy bien el contraste entre "El pueblo viejo" y el "pueblo nuevo", con sus precisiones de puntos y lugares y la madeja de calles antiguas y calles modernas de tan sugestivas denominaciones como "Santa María", "Puerta Cervera", "Pozo Coronado", "San Francisco", "Corredera", "Toledo". Deleita la lectura de casas y linderos, con nombres y apellidos y mote que suenan a música familiar y revelan raíces y parentescos de otros paisanos vivos.

En "Se extiende la villa" estudia usted la ubicación del pueblo "entre los dos arroyos y precisamente en el navajo o nava pequeña que sirve de asiento a Santa María", además de otras meditaciones. Hay que conocer mucho el pueblo, haberlo andado infinitas veces, para meterse entre sus calles con tales garbo y soltura.

"Calles bien timbradas". ¡Ya lo creo!; "Torrecilla", "Altillo de Soria", "Porcariizo", "Calles olvidadas", ¿por qué en el olvido nombres como "Baladrona", "Calle del Grajo", "Calle de las Huertas", "Calle de Machero", de la "Pringue"? Pero también hay calles que pueden agruparse bajo otros calificativos; "Calles indeterminadas", "Calles secundarias", "Calles de enlace". Tras ellas se va la pluma, las clasifica y nos da cuenta de lo necesario para comprenderlas mejor.

ACTOS PRIMEROS DEL CASINO, así como "El casino y los casinistas" del fascículo XXVIII constituye el complemento de otros trabajos publicados a lo largo de la obra que contribuyen a nuestro conocimiento de las circunstancias sociológicas de la villa.

Quiero añadir a estas impresiones rápidas algo que ya le expuse antes; mi idea de que los fascículos siguen ganando lectores y adeptos entre personas que no sabían hasta hace poco nada o casi nada de Alcázar.

A través de la obra se acentúa la idea de que estamos tocando el pueblo con las manos; aparecen sugerencias de las cosas que podían y debían hacerse, sin duda porque pasado y futuro no son etapas opuestas, sino eslabones que tienen su sitio en la historia de la colectividad.

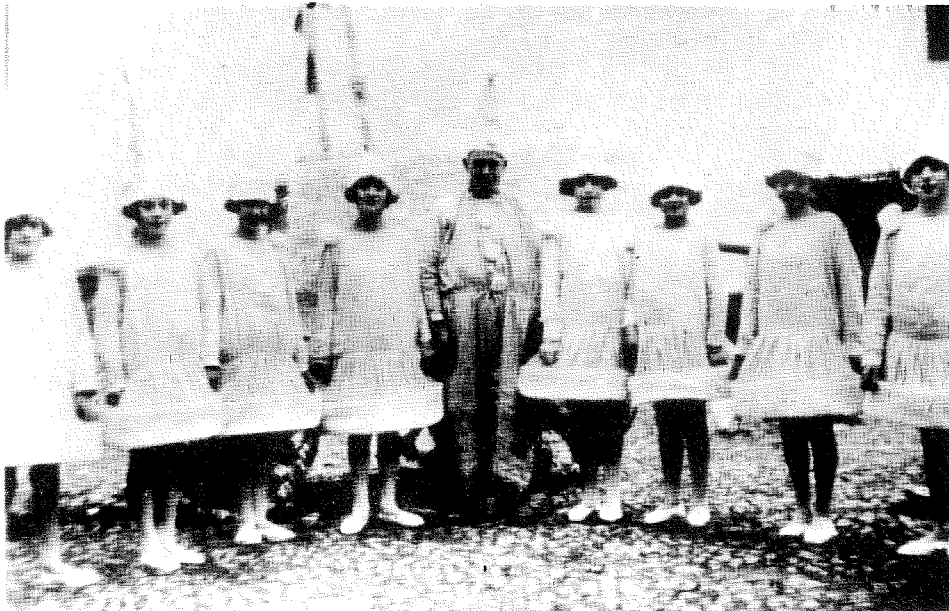
Pocos pueblos han tenido como nosotros un historiador que lo describa de una manera tan auténtica como distinta. Se verá mejor y más claro cuando transcurra el tiempo.

Esto se prolonga mucho, D. Rafael. Le reitero nuevamente con mi afecto los mejores deseos para usted y los suyos".

Madrid, 28 Diciembre, 1969

Carnaval alcazareño

A lo largo de esta obra se han publicado numerosas y muy características fotografías de nuestro carnaval, tan espléndido, tan divertido y de tanta fama en toda la comarca. Y tan justificada, porque mejor no lo hubo ni lo hay. Ni las cosas están perdidas, porque cuando menos se piensa salta un chispazo del rescoldo que fue y estos grupos son de los que enaltecieron la fiesta en su tiempo. Y sus atavíos dan idea del gusto que se tuvo para realzarlas, pues



no son máscaras vulgares que se cubren con una cortina o una colcha, sino con trajes bien confeccionados y especiales para ese fin.

La carroza de este primer grupo, que se divisa detrás del hombre que era su conductor, representa una gran polvera dentro de la cual iban las ocho chicas que se ven uniformadas como una pequeña polvera cada una, tales como la llueca que tiene sus polluelos debajo y alrededor y en este nido piaban: Luisa Quintanilla, Carmen Alhambra, Rosalía Quintanilla, Amelia Vaquero, Amalia Vaquero, Eustolia Vaquero, Pilar Flores y la Carmina, con su gañan que lo era Placer, una de las ramas de los Mazuecos de allí abajo,

no se si de los mismos Chalas, que está más gordo que le corresponde pero que tiene bien visible en la cabeza el agarradero de la tapadera de la polvera.

El segundo grupo, más orientalista y también con el coche detrás, cuyas varas se ven dobladas sobre la puerta del fondo, van disfrazadas de cingaras y son de izquierda a derecha: una de Werthein, Luisa Quintanilla, Carmen Werthein, Otilia Ruiz, Belén López, Blasa López, Pilar Flores y Carmen Quintanilla.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos dieron el nombre de dorados.



AÑADIDO

A lo tía Marcelina, la morcillera, que cosía los mondongos como los ángeles. En menor proporción de lo que aquí se consigna, el contorno de eras y salitrerías que figura en el plano, se prolongó hasta nuestros días y yo puedo dar fe de haber jugado mucho en los terronteros negruzcos y de haber conocido y pataleado, totalmente despoblados todos los Sitios, como figuran en el plano reproducido en las páginas centrales. Y ahí está don Alfredo Galera que no me dejará mentir.

PERIODIQUILLOS VIEJOS

Siempre tienen los actos alguna consecuencia y el comentario de los periódicos antiguos publicado en el libro 51, ha empezado por traer algunos ejemplares ya olvidados y que debemos a Doña Carmen Quintanilla. (La Carmina).

Hay entre ellos un ejemplar del HERALDO MANCHEGO, semanario regional, dice, de información y deportes y corresponde al 29 de Enero de 1932, año tercero de su publicación, número 61.

Aparte de estos detalles que interesa consignar por si se necesitaran en alguna investigación histórica, el periódico no tiene más interes que el de haberse efectuado en esa fecha la petición de mano de la propia Carmina.

Hay tres hojas de dos números de CRISPIN del mes de Junio de 1927, primer año de vida de este semanario independiente que tiene por lema: "La vida con amor y arte" de lo que difundía testimonios todas las semanas y mantenía contenta a la juventud alentando sus ilusiones. Y no solo a los enamoriscados, porque en estas hojas figura dos veces la firma García de la Torre, con trabajos muy propios de los chicos y esta firma no puede ser de otro que de Don Demetrio aunque no lo diga, cosa que pasa con algunos otros disimulados que se les distingue a la legua. ¡Quien te conoció ciruelo!

No puedo negar que estas hojas sueltas, arrugadas y partidas por los dobleces, me simpatizan extraordinariamente y me deleita como nada rebuscar entre las letras apenas visibles de tan gastadas, sabiendo que encontraré los rastros de la ilusión entre las hojas marchitas.

Rosendo era un hombre inteligente y un alma bohemia. En estas hojas viene la noticia de la primera comunión de su hijo, (Alejandro Navarro Cándido) al que tuve la satisfacción de ver hace pocos años como catedrático de ciencias de un Instituto de Madrid, despues de muerto el padre al que no pude hallar aunque lo busqué en un caserón antiguo de la plaza de la Paja donde me dijeron que vivía, perteneciente al Duque de Híjar, a espaldas de la capilla del Obispo, cedida ahora a Madrid por la Duquesa de Alba.

Rosendo cumplía bien todos los requisitos, precisamente porque se los saltaba todos y ese día comulgaron con su hijo, en los Trinitarios, Leopoldo Martín Alcalde, Aníbal Monreal Martínez, Ambrosio Monreal Espinosa, Emilio Abengózar Mínguez, Ignacio Tejero Meco, Luis Labadía Gutiérrez, Francisco Pérez Camacho, Bernardo Lizcano Peñuela y Miguel Zaragoza García. La actividad vibrante de Rosendo seducía a todo el mundo, como en la rifa y él por su parte no se cohibía ni dominaba sus impulsos aunque esgrimiéndolos siempre en nombre de los chicos de CRISPIN.

En esta semana hicieron una visita a las máquinas SINGER, cuando aquello estaba en todo su furor, con tantas máquinas pero todavía con más chicas que máquinas y todas rechinantes. Fue el tiempo en que hicieron aquella encuesta sobre los pantalones chanchullo de los hombres con tal

número de respuestas, tanto de hombres como de mujeres que tuvieron que establecer turnos para publicarlas, respuestas un tanto modernistas, digamos, como todo lo de Rosendo.

Las respuestas las clasificaban como de hembra y varón y dice la Chelo.

—El Pantalón chanchullo me gusta pero con moderación.

—¿Qué como es el hombre que prefiero?. De mi estatura poco más o menos. Castaños y claros los ojos y con un lunar junto a la boca.

—¿Qué desearía que fuese?. Como predilección no tengo por ninguno, pero me gustaría del ramo de factores porque me gusta viajar.

Arturo Ayuso dice que le gustan las mujeres con el pelo largo, de tipo esbelto, algo románticas y con algo de capital, así como un par de millonajos para ser suyo hasta el R.I.P.

Indiscutiblemente largo, vestido de corte inglés y rubia, esbelta, de ojos grandes, que no sea muy castigadora. H. Gómez. Se trata de Honorato, sin duda, nombre único en Alcázar.

Mi opinión sobre el chanchullo es que no me disgusta, pero tampoco me gusta exagerado, porque parecen faldas y por lo tanto no se distinguen los hombres de las mujeres, dice Colombina.

Bonifacio Cano y Cano, como Presidente del casino principal anuncia la subasta del teatro del casino por un año, prorrogable por otro en MIL QUINIENTAS PESETAS, que ya era poner a prueba el espíritu empresarial de la Villa. Y no me sorprendería que se declarara desierto. Aquí viene el anuncio de EL ECO DE ALCAZAR, revista literario mercantil publicada por la casa Pedro Escudero, que dice que la revista visita a sus lectores y amigos con la mayor frecuencia posible y que la suscripción es gratuita respondiendo de los artículos sus autores. ¿Qué más hace falta para acreditar el buen ojo de Pedro?.

SUCEDIDOS

Dice Coralio —o decía, porque ya hizo mutis— y hablando de Coralio ya está dicho todo por lo claro, que convidaron al Guerra a ver “Don Juan Tenorio” y al salir le preguntaron qué le había parecido, contestando:

—En mi oficio se muere de verdad.

Cuando se reformó la plaza de toros le dijo Don Leopoldo a Pepe Ortiz:

—Pero hombre, con lo que tiene usted allí liao y ¿se va de veraneo a Villasante?

Ortiz le contestó: ¿Y si me hubiera muerto?.

—Eso es una cosa irremediable, le replicó Don Leopoldo.

—Pues hago cuenta que me he muerto para quince días nada más.

En un gobierno de Canalejas, le dijo a uno de sus ministros:

—Tenga usted cuidado con Ramanones y no se fie mucho.

—Le conozco bien, figurese usted que yo creo que no es ni cojo.

La firma de Estrella

No habíamos tenido la suerte de verla hasta ahora ni hubiéramos querido buscarla donde se sabe que las hay a montones. Nos apetecía cogerla a salto de mata, como él cogía las liebres, hasta que don Julio -otro liebrejero- que siempre la lleva engalgada, la ha cogido en el encondilladero de la calle Pineda. Y aquí está, más limpia que un jaspe, sin heridas ni repelones, pero inmóvil y muerta, con todas las irregularidades de las indecisiones y regates de su carrera.

Se trata de un certificado de buena conducta extendido a favor de Malaco por una mano muy diestra en Abril de 1917, que puede ser la de Emiliete o la de Garrido, en papel sellado de diez céntimos y firmada por Eulogio con los rasgos elementales que le eran propios, de poca seguridad pero de trazos firmes e impulsivos, lo contrario que la del escribiente, con tajo de la pata, correcta y equilibrada desde el principio hasta el fin donde se sitúa el sello del Ayuntamiento constitucional, junto a la firma del Alcalde.

Eulogio escribe su nombre con la S de su Sánchez enlazada como si el nombre fuera plural y pone punto, porque se le agarrota la pluma. Al levantarla escribe ya el apellido irregularmente, en otra línea y rubrica precipitadamente con un vaivén, como diciendo:

—Bueno está. O a hacer leches.



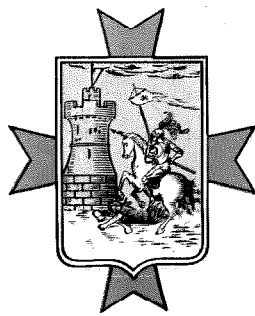
D.3.163.657*

Don Eulogio Sánchez Nieto Palomares, A
alcalde de esta Ciudad

Certifico que Manuel Oti-
varos Sánchez, hijo de Bernardo y Sagia,
natural y vecino de esta Ciudad, nacido de
veintinueve años de edad y de febril temperamento,
ha obtenido constantemente y obtiene en la
actualidad buena conducta moral. Espero
que comente y pueda acreditar donde le
convienga, he expedido la presente en el Ayuntamiento
de San Juan a veinte de Abril de
mil novecientos diecisiete.



Eulogio S. Nieto



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.
Ferrocarril, 6
Alcázar de San Juan - 1984